

EL MOVIMIENTO ANTIMILITARISTA EN EUROPA

Sesión del martes 29 de Octubre de 1907,

El Sr. Presidente: Tiene la palabra el Sr. Sanz y Escartín, para exponer el tema sobre el cual ha acordado la Academia discutir y que dice: *El movimiento antimilitarista en Europa*

El Sr. Sanz y Escartín: Sres. Académicos: El movimiento antimilitarista, que también se llama en Francia *pacifista*, vocablo que ha pasado á ser de uso corriente, tiene un antiguo abo-lengo, pues no es de este siglo ni del pasado la oposición que por muchos pensadores se ha hecho al procedimiento de la violencia cuando de dirimir las cuestiones internacionales se trata. Precisamente en uno de los últimos números de *El Mercurio de Francia*, revista muy interesante, aunque por lo general de doctrinas bastante discutibles, se publica un trabajo acerca de un pacifista chino del siglo V de nuestra Era, llamado *Mah-ti*, el cual combate la guerra y piensa que es absurdo el que se castigue el robo de un objeto, la muerte de una ó varias personas, etc., no castigándose, en cambio, los robos y las muertes que se hacen en las injustas guerras de conquista; por el contrario, cuando estos males acaecen, llénase de honores á los caudillos, cuyos nombres pasan á la posteridad rodeados de laureles. De suerte que el hecho es antiguo; pero el fenómeno que se ha venido produciendo en los últimos diez ó quince años en las principales naciones de Europa, como Rusia y Francia, es un fenómeno reciente y especial.

Los libros franceses que tratan de esta materia no citan lo

bastante al que es, á mi juicio, el principal autor de este movimiento. El pacifismo de Hervé, que es quien ha llevado la bandera de oposición sistemática á todo lo que sea procedimiento guerrero, llegando hasta preconizar la deserción, la negación de la patria, etc., tiene un abolengo muy claro. En efecto, con verdadera elocuencia y con un calor de humanidad bien distante de los sentimientos que inspiran al agitador francés fueron admirablemente expuestos los principios fundamentales del pacifismo por el Conde León Tolstoi en sus dos obras *L'esclavage* y *Rayons d'aurore*. Para Tolstoí, como es sabido, toda nuestra manera de ser social, fundada en la coacción y en la fuerza, es falsa y contraria al principio cristiano, que para él tiene su símbolo en la doctrina de no devolver el mal por el mal y no oponer la fuerza á la fuerza, puesto que, según él, la violencia en todas las actividades de la vida es la causa del actual estado de miseria de la humanidad. Supone que los Estados modernos son órganos encargados de sostener las consecuencias de la violencia organizada; que en la sociedad actual, por efecto de ésta, hay una desigualdad enorme de medios, de condiciones, y que los Estados modernos, son sencillamente organismos fundados en la fuerza, cuyo objeto es sostener este orden de cosas, que es lo mismo que sostiene Hervé, salvo que éste que niega la guerra internacional, defiende la guerra civil contra los que llama detentadores de la riqueza.

Tolstoí, hombre de verdadero genio literario y pensador profundo, vive alejado de la realidad, y con sus exageraciones compromete la verdad religiosa y moral indudable que en buena parte sus principios encierran.

Es cosa bien notada que únicamente suelen ser partidarios de estas ideas y de estos sueños de paz los hombres de estudio, de gabinete, que se apartan de la corriente de los hechos; y que en cambio, los de acción, cuanto más se ocupan en la dirección de los negocios humanos, más desprecian esta manera de ver las cosas. Recuerdo á este propósito que, hablando con nuestro insigne colega D. Antonio Cánovas del Castillo de la propaganda que se hacía entonces, por persona bien conocida de la Academia en

favor de la paz universal, del arbitraje obligatorio, etc., expresó un profundo desprecio hacia estas tendencias antibélicas, lo cual se debe, á mi juicio, á que el que está colocado en sitios donde se puede conocer el verdadero estado de las cosas comprende lo ajenas que son á las necesidades actuales de los gobiernos ciertas utopias.

«Despertad, hermanos, escribe Tolstoi; no escuchéis á quienes desde la infancia os envenenan con el diabólico espíritu del patriotismo, contrario al bien y á la verdad y que no sirve sino para privaros de vuestros bienes, de vuestra libertad y de vuestra dignidad humana.

«Los ejércitos desaparecerán cuando la opinión pública cubra de vergüenza á los hombres que, por miedo ó por otros móviles, venden su libertad y entran á formar parte de esas bandas de asesinos que se llaman ejércitos.

»La disciplina—dice en otra parte—es un método particular para la educación de los hombres, merced al cual se consigue privarlos en poco tiempo del más precioso de los bienes, de la cualidad más importante de su naturaleza, la razón libre y los convierte en máquinas, instrumentos de muerte (*carnage*) en manos de sus superiores jerárquicos.»

Tales son las ideas del famoso filántropo y anarquista ruso.

Estas tenían ya sus raíces en Rusia, pues allí existía una secta que de una manera pasiva se venía negando al servicio de las armas y que está ya casi extinguida por las persecuciones, deportaciones á Siberia y tratos crueles de que sus individuos en estos últimos años han sido objeto.

Muchos de ellos lograron escapar á la América del Norte; siendo siempre tan firmes en sus convicciones, que se dió el caso de que hubo quien al ser deportado á Siberia logró convencer á algunos de los soldados que le conducían y que fueron á manifestar á sus jefes que renunciaban á la milicia. Tolstoi llega á comparar esto con lo que sucedió con los primeros cristianos, diciendo que el martirio de los primeros adeptos echa la semilla para el día de mañana.

Esta tendencia aparece también en Austria con la secta de los nazarenos, y en Suecia con la de los evangélicos; pero sin embargo, es en Francia donde, despojada de todo misticismo religioso, ha tenido más eco la doctrina de Tolstoí. Allí, después de la guerra franco-prusiana, hubo un verdadero florecimiento del espíritu militar, y entonces fué cuando Jules Ferry, Paul Bert, el ilustre pedagogo Marión y otros hombres de gran autoridad declararon que era preciso formar en el niño el espíritu del soldado, porque era el ciudadano de mañana que debía estar siempre dispuesto á defender su Patria. Y el mismo Fernando Buisson, que ha venido á ser uno de los portaestandartes del pacifismo, defendía entonces análogos principios inspirados en la idea de patria. Es decir, que hubo allí una época, cuando aun se decía que el maestro de escuela alemán era el que había triunfado en la guerra—afirmación que algunos modifican diciendo que quien realmente contribuyó más á formar aquella patria fué el profesorado de las Universidades,— en la cual la idea de la revancha predominaba en todas partes; pero pasado algún tiempo, cambió la decoración, hasta el punto de que en varios de los congresos celebrados por los *instituteurs* de Francia se simpatizó con la doctrina de Hervé, y así, en unas elecciones que se efectuaron recientemente para nombrar un consejero de Instrucción pública, los maestros del departamento del Sena eligieron á un defensor de las teorías de aquél, en contra de otro partidario de las doctrinas patrióticas.

Es un hecho que parte del profesorado de instrucción primaria en Francia ha llegado á repudiar todos aquellos principios de patriotismo que inspiraron la educación francesa hace veinte ó veinticinco años, cuando dirigían á Francia las personalidades que he citado.

El peligro que estas tendencias representaron para aquella nación ha hecho que personalidades eminentes protestaran de esta propaganda de aversión al ejercicio militar que proscribió de las escuelas hasta los cuadros que representaban batallas, por suponer que predisponían al niño á la violencia. Se consideró que había un verdadero peligro, y entonces Rene Goblet —muerto

hace poco, — en un artículo vibrante, señaló el peligro de producir la anemia de ese sentimiento de virilidad indispensable para que las naciones sean respetadas, permitiendo que se negara la idea de patria y la afirmación de que no existe más que aquella en donde uno se encuentra bien, como ha dicho Hervé. En la empresa de reprimir tales tendencias se han distinguido hombres como Pierre Laffite, discípulo de Comte, que en un opúsculo decía las siguientes palabras, que, á mi juicio, indican bien el eje de este asunto: «La noción de humanidad, tal como se la presenta actualmente, es una noción revolucionaria y no positiva, pues especula sobre un organismo colectivo que no existe, sacrificando deberes reales y precisos que nos ligan al ser colectivo á que pertenecemos. El peligro de llevar estas nociones vagas de internacionalismo á los cerebros infantiles es evidente, pues dispensa al niño del concepto de obligaciones reales.»

En este mismo sentido se han expresado las personalidades de más prestigio, como el ex-Presidente de aquella República, Mr. Loubet, que asegura que hoy «no se respeta más que á los fuertes»; y Leygues, que extremando el pensamiento y atendiendo á las objeciones que desde el punto de vista económico se venían haciendo en Francia, afirma que el hierro trae el oro; á lo cual se le arguye por Payot que es cierto, pero que esto ocurre cuando, en vez de estar destinado á fabricar armas, fabrica instrumentos de labranza, máquinas, etc. El hecho es que este sentido antipatriótico determinó hechos lamentables, como el sucedido en un Congreso de Institutores de Amiens, donde se acordó que de la divisa de la liga de la enseñanza primaria, que dice: *pour la patrie, par le livre et par l'epce*, se suprimiera la última frase, dejándola reducida á las dos primeras.

En otro de los congresos celebrados por las Sociedades de Institutores llamadas *Amicales* se votó un acuerdo admirando los actos de valor realizados por varios reclutas que rehuyeron entrar al servicio de las armas. Todo esto indica que el mal ha adquirido verdadera gravedad.

Referiré un detalle que indica hasta qué punto la crisis del pa-

triotismo es una realidad en Francia. Paul Bert, que á pesar de su sectarismo como enemigo de la Iglesia era un patriota, escribió un Manual cívico para uso de las escuelas, en que se decía que la bandera debe ser saludada por los niños y mirada con amor, y otros conceptos semejantes. Pues bien; muerto aquél, una casa editorial, que ha publicado en París las biografías de hombres importantes, tales como Ferry, Gambetta, etc., pidió permiso, y algunos datos, á la viuda—que aún vive, — para publicar la de su marido. Aquélla se los envió, y como pasara tiempo, y á pesar de saber que aquélla estaba terminada y no se publicaba, escribió al editor preguntándole en qué consistía la tardanza, éste fué á verla y le dijo: «Señora, no se ha publicado porque ya no hay que hablar de patriotismo, y el Manual de su marido y sus propagandas patrióticas se censuran hoy más que se aplauden».

La viuda publicó un artículo lamentándose, y por entonces también *La Petite Républiques* dirigió á sus lectores un interrogatorio respecto de los libros dedicados á la primera enseñanza que no responden al espíritu moderno, formándose un Jurado, del que formaba parte Buisson, que dio el premio á una obra de un tal Franchat que llamaba envenenadores de la juventud á hombres como Dupuy, Paul Bert y Lavissee, porque emitían en sus obras *concepts nocivos*, v. g.: «Nada de odios entre franceses; guardadlo todo para el enemigo» (Paul Bert). «Es preciso probar nuestro amor á la patria defendiendo su suelo y su independencia contra el extranjero.»

Con el mismo espíritu el Inspector general Jost censuraba un libro de lectura porque contenía un canto á la bandera.

- Tal estado de opinión ha traído, como no podía menos, la reacción, que se ha manifestado sobre todo por los artículos de Rene Goblet, los discursos de Deschanel y por la acción de algunos Inspectores generales de Enseñanza, si bien la mayor parte están contaminados de este espíritu de pacifismo.

Se ha prohibido, y ya era hora, la Historia de Francia inspirada en el sentido antimilitarista, y con las máximas de que no hay

otra guerra legítima que la que se haga contra los supuestos detentadores de la riqueza y contra los Gobiernos.

Pero el que, á mi juicio, ha dado con la expresión verdadera de lo que pudiéramos considerar la doctrina cierta en esta materia ha sido Mr. Clemenceau, el actual Presidente del Consejo de Ministros, hombre de gran entendimiento, en el discurso que pronunció en la inauguración del monumento á Rene Goblet, en cuyo acto no podía por menos de ocuparse en esta materia, que ha producido verdadera alarma y hecho necesarias campañas de rectificación.

Pues bien, Clemenceau en aquella ocasión dijo: «Hay que reconocer, aunque esto nos humille, que en el mundo la última palabra pertenece á la fuerza. Si es cierto que la idea de justicia, de bien, ha de triunfar tarde ó temprano, lo es también que solo la garantía definitiva de la fuerza podrá ampararla contra el peligro de reacciones inevitables. Porque el progreso que no puede suprimir la fuerza, lo que hace es convertirla, de instrumento al servicio de un arte ó de unos cuantos hombres, en escudo y garantía de los derechos de todos.

«Así, quien se proponga guiar la evolución humana se encuentra insuficientemente armado y va fatalmente hacia las servidumbres malditas, si confía tan sólo en el poder moral de la idea. La idea necesita tiempo para forzar las puertas de los espíritus cerrados; y mientras el tiempo pasa, lo que se arriesga es la fortuna y la vida misma de las naciones. Es preciso, por tanto, unir á las nobles cualidades de la inteligencia las varoniles virtudes físicas, salvaguardia de la independencia de los pueblos, de la libertad y de la dignidad de su vida.

»Os queremos, oh jóvenes, inteligentes é instruidos, pero soldados, pues es locura oponer como exclusivos los dos aspectos de la humanidad que constituyen el hombre completo.

«Soldado quiere decir hombre de disciplina y de abnegación, capaz de realizar todos los sacrificios en aras de las causas justas. ¿No es acaso la nobleza suprema del hombre el poder dar su vida por una idea?»

En estas palabras se expresa, á mi juicio, el verdadero concepto en esta materia.

Y una vez que han transcurrido las horas de sesión, termino por hoy.

Sesión del martes 5 de Noviembre de 1901.

El Sr. Sanz y Escartín: En la noche anterior presenté á la Academia un bosquejo del estado de la cuestión en Europa y de los precedentes que á mi juicio tiene.

Realmente, el actual movimiento antimilitarista presenta cuatro fases, dejando aparte su abolengo secular, pues siempre ha habido en la humanidad pensadores que han querido resolver las discordias por medios pacíficos.

El origen doctrinal del pacifismo actual en Europa está en las obras del pensador ruso Tolstoí, quien proclama el principio de la no resistencia al mal, en que, según él, se encierra la esencia del Cristianismo.

De acuerdo con este principio proscribire, á veces con suma energía, lo que llama violencia organizada (los ejércitos), y todo el modo de ser de la sociedad contemporánea. Hay, en medio de sus exageraciones, algo que es simpático, en lo que califico de misticismo pacifista, de utopía generosa, con lo que no quiero decir que Tolstoí represente la ortodoxia cristiana, aunque parta de las palabras de Jesús.

La segunda fase es la del socialismo revolucionario, que no proscribire la violencia, y que sólo en sus sueños de sociedad del porvenir la hace desaparecer, aunque por ahora la considere necesaria. Proscribire las guerras internacionales pero no las civiles.

Hervé, que es el que ha representado en Francia este movimiento, dice que el Estado es la espoliación organizada y que se deben guardar las armas para destruir la injusticia que él representa.

Estas peligrosas doctrinas se han infiltrado en el cuerpo docente de la primera enseñanza francesa, constituyendo un peligro,

pues en la escuela se relajan los vínculos del hombre con la patria, haciendo muy difícil, como decía el General Negrier, la obra del soldado. En efecto, no sólo se inspira horror hacia los hábitos militares, sino que autoridades académicas, como el Inspector general Mr. Martel, califican la educación patriótica como educación de salvajes, ó, como Mr. Payot, piden que desaparezcan de las escuelas los grabados que recuerdan las glorias militares, para que no se despierten los sentimientos de combatividad.

Con Payot, el conocido autor de *La Educación de la voluntad*, entramos en lo que pudiéramos llamar el grupo de los soñadores, de hombres generosos, que creen que puede llegar el período de paz universal, en que todas las cuestiones se resuelvan de modo pacífico, grupo de gran influencia por su constante propaganda.

El cuarto y último aspecto lo representan los propósitos de desarme, más ó menos general, de que se han hecho eco personalidades tan eminentes como Mr. Camphell Bannerman, el Presidente del Gobierno inglés y Mr. Gray, su Ministro de Relaciones extranjeras, así como las Conferencias ó Congresos á que perteneció nuestro finado colega el Académico correspondiente Sr. Marcoartú.

El antimilitarismo ó pacifismo, que ha tenido un carácter religioso en TolstoT, revolucionario en los escritos de Hervé, y sentimental y utópico en los que se inspiran en el canto *Brisons fusils, brisons canons—Aïmons nouspar déla les monís...*, toma un aspecto ya más positivo en los trabajos de los hombres de Estado ingleses. Mr. Camphell Bannerman, en 1905, declaró en el Parlamento que estimaba que el aumento incesante de los armamentos constituía un grave peligro para la paz del mundo, y últimamente pronunció estas palabras, que causaron gran sensación: «El mantenimiento de la paz general, y una reducción posible de los armamentos excesivos que pesan sobre todas las naciones, son como el ideal á que deberían tender los esfuerzos de todos los gobiernos.

»En su convicción de que este fin elevado responde á los intereses más esenciales y á los votos legítimos de todas las potencias,

el Gobierno imperial cree que el momento actual sería muy favorable para procurar, por medio de una discusión internacional, los medios más eficaces para asegurar á todos los pueblos los beneficios de una paz duradera y para poner, ante todo, fin al desarrollo progresivo de los armamentos actuales.

«Las cargas contributivas, que siguen una marcha ascendente, quebrantan la prosperidad en sus fuentes; las fuerzas intelectuales y físicas de los pueblos, el trabajo y el capital se derivan de su aplicación natural y se consumen improductivamente. Se emplean cientos de millones en adquirir máquinas de destrucción espantosas, que, consideradas hoy como la última palabra de la ciencia, están destinadas á perder mañana todo valor á consecuencia de nuevos descubrimientos en este orden. La cultura nacional, el progreso económico, la producción de las riquezas, se encuentran paralizadas ó falseadas en su desarrollo.

»Así, á medida que aumentan los armamentos de cada país, responden menos al fin que los Gobiernos se habían propuesto. Las crisis económicas, debidas al régimen de los armamentos á *outrance*, y el peligro continuo que constituye este amontonamiento del material de guerra, transformaron la paz armada de nuestros días en una carga aplastante, que los pueblos apenas pueden sostener. Parece evidente, por tanto, que si esta situación se prolongara conduciría fatalmente á ese cataclismo que se quiere evitar y cuyos horrores hacen estremecerse por anticipado á todo pensamiento humano.

«Poner un término á estos armamentos incesantes y buscar los medios de prevenir las calamidades que amenazaban el mundo entero: tal es el deber supremo que se impone hoy á todos los Estados.»

Pocos días después, Sir Edward Grey confirmó las declaraciones del primer Ministro al discutirse la proposición de Mr. Vivien sobre acción concertada de Inglaterra para la limitación de los armamentos. «En ningún momento, dijo, la opinión pública en Europa se ha manifestado tan favorable en favor de la paz y no obstante los gastos militares y navales aumentan incesantemente.

«En nombre del gobierno yo acepto y acojo la resolución Viénn, y espero que las otras potencias la considerarán como una invitación del Gobierno inglés á responder á esta necesidad de la disminución de los armamentos.»

Sin embargo, el resultado de todo esto, ha sido que en la Conferencia que se ha celebrado en La Haya, no se ha tratado seriamente de la disminución de los armamentos y según he sabido, por persona que ha tomado parte en aquellas deliberaciones, hubo que trabajar bastante para que se aceptara la fórmula «sería de desear»; de suerte que es muy poco, lo que se ha hecho en este sentido.

Realmente no es extraño que el primer Ministro inglés adoptara esta actitud, porque el estado de los armamentos en Europa es comprometedor. En efecto, según las últimas estadísticas, los aumentos de los presupuestos de guerra y marina en las principales naciones, de 1880 á 1905 han sido los siguientes:

Francia	214 millones.
Alemania	2.030 »
Prusia	2.104 »
Inglaterra	1.475 »
Bélgica	253 »
Estados Unidos.....	1.300 »
Italia	512 »
Rusia	1.122 »

Y en cuanto á los estados de opinión actuales, acerca de este asunto, no pueden ser más significativos. En Francia se está poniendo un dique al movimiento pacifista por personas de gran valor, como Deschanel, Leigues y otros, y no sólo se han tomado providencias como prohibir el libro de Hervé, sino que se persigue la propaganda antimilitarista, por lo cual, entre otros, ha sido expulsado de allí el jefe del partido socialista español Sr. Iglesias, habiendo llegado hoy mismo un telegrama que dice que el Gobierno suizo ha desterrado á Mr. Jaurés por pretender dar una conferencia en igual sentido. En la República helvética acaba de hacerse un referendum, según el cual, por 60.000 votos con-

tra 40.000 se aumenta de cuarenta á sesenta días el tiempo durante el cual los reclutas deben estar en armas.

Hoy, el estado de las naciones es muy peligroso para las que se manifiestan profundamente resueltas á buscar la paz á todo trance. Mr. Naquet persona muy conocida pretende que el día que haya motivo para una guerra Francia dé el ejemplo de desarmar su ejército. Pero allí mismo, ha habido hombres de valor, que han apreciado esto en sus verdaderos términos. Paul Bert, en su *Catecismo sobre instrucción cívica*, trata esta cuestión de un modo admirable, y suyas son estas cuatro líneas, á mi juicio muy significativas y sensatas: «La educación militar es más importante todavía que la educación civil; pues si de la educación civil dependen la fortuna y la libertad del país, de la educación militar pueden depender su existencia y su honor.»

En Inglaterra, desde hace algún tiempo, hay cierta renovación del espíritu militar; no hace mucho que el Consejo Escolar de Londres ha acordado adquirir banderas nacionales para todas las Escuelas públicas, y todos los meses se celebra una fiesta patriótica en la cual pasan los muchachos por debajo de aquéllas, cantando el *God save the King*. Ya no está de moda el poeta *Tennyson*, que se inspiraba en ideas humanitarias y de paz, sino que le ha sustituido *Ruydard Kipling*, que interpreta todas estas aspiraciones de imperialismo del pueblo inglés.

En los Estados Unidos la transformación ha sido completa, y el que hace pocos años era un pueblo pacífico, hoy tiende á ser una nación militar; y así, en sus Escuelas, al lado del retrato de Washington se coloca el de Dewey, el Almirante que derrotó á nuestra escuadra, y á quien llaman su segundo héroe.

Allí, durante la guerra de Cuba, se compusieron dos himnos, uno llamado *América* y otro *El sueño de Cuba*, que son muy patrióticos, además del que ya tenían y que empieza con las palabras: *una patria, una lengua, una bandera*.

En cuanto á Alemania, no hay nada que decir, porque es la potencia más militar de Europa. Allí los institutores son los que han e parado al soldado, y los niños y los jóvenes cantan himnos

eminentemente patrióticos ensalzando todas sus glorias y todo lo que ellos poseen.

En el Japón, del mismo modo, se cultiva en las Escuelas el sentimiento de patria encarnado en el Emperador, á quien se considera como un ser extraordinario; y ya antes de la guerra con China los institutores japoneses procuraban excitar el sentimiento de los niños y solían pintar en los mapas la península de Petchi-li, ocupada por los rusos, con tinta negra, como hicieron los franceses con Alsacia y Lorena, habiendo algunos que acostumbraban á dichos niños á que fueran descalzos por la nieve, para que en su día pudieran soportar las fatigas de la guerra en la Manchuria.

Y en el pueblo en que las ideas pacifistas han tenido mayor expansión por su manera de ser, que son los Estados Unidos, Teodoro Roosevelt, además de decir que «el cobarde es mal obrero para la paz», cosa semejante á lo que dice nuestro Cervantes en su discurso sobre las armas y las letras cuando afirma que «el fin de las armas es la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida», expresión á su vez del *vis pace para bellam*; Roosevelt, digo, afirma su pensamiento en los siguientes términos:

«Toda devoción al ideal de honor y á la gloria de la bandera nacional contribuye á formar un ejemplar de la humanidad más bello y noble. Si las grandes naciones de nuestra época llegaran todas al desarme, resultaría bajo una ú otra forma una recrudescencia inmediata de la barbarie... Me inspira pocas simpatías ese humanitarismo de mala ley que pretende impedir que las grandes naciones, paladines del orden y de la libertad, hagan todo su deber en las porciones disponibles del globo, porque al principio un poco de ruda cirugía sea indispensable... El ejército y la marina son el acero y la coraza que debe llevar la nación si quiere cumplir su deber entre los pueblos de la tierra...

»No debe nunca olvidarse que la educación debe intensificar el patriotismo.»

No es posible, este es el hecho, que ningún pueblo que quiera

tener personalidad, ser un factor en el progreso del mundo, renuncie á mantener, *por todos los medios* sus derechos, prerrogativas y bienes.

Es una verdad que no es sólo la fuerza material la que preserva á los individuos y á los pueblos, sino que el valor, la firme resolución, tiene tanta ó más importancia. La decisión inquebrantable de no dejarse dominar sin lucha da siempre una gran fuerza.

Todo país, en vez de aparecer apasionado de la paz, en vez de aparecer cohibido ante la posibilidad de una ruptura, debe presentarse siempre dispuesto á defender en todos los terrenos sus prerrogativas, su honor y sus bienes.

La humanidad actual—y es muy posible que esto pueda decirse aún durante muchos siglos—no puede aspirar á pasar de pronto de la imperfección á la perfección en ningún orden, y en el de las relaciones internacionales menos que en otro; y esta imperfección hace que no se pueda huir de un mal sin llegar á otro.

Hay que contar siempre con las pasiones, los egoísmos, la ignorancia y los atavismos que surgen hasta en las personas más dueñas de sus actos, y claro es que más aún en las multitudes.

Así que, á mi juicio, debilitar el sentimiento patriótico es contribuir al envilecimiento y á la ruina de los pueblos, en tanto sea la humanidad lo que hoy es.

Y no tengo más que decir.

Sesión del martes 12 de Noviembre de 1901

El Sr. Piernas Hurtado: Sólo por mi vivo deseo de complacer al Sr. Presidente y á los Sres. Académicos, que me invitan á hablar, lo haré brevísimamente, protestando de no tener el estudio y la preparación que requiere el asunto y son, por otra parte, indispensables para decir algo que sea digno de esta Academia.

En la sesión anterior unía yo mi aprobación y mi aplauso á los

de todos los Sres. Académicos, que oyeron la exposición, hecha por el Sr. Sanz y Escartín, del estado actual del movimiento antimilitarista en Europa, y me manifestaba conforme con las conclusiones que deducía de su estudio acerca de la triste necesidad, que de momento se impone, de ese funesto sistema de la paz armada y de los enormes contingentes y gastos militares, que abruman á los pueblos; pero hube de agregar, y habré de insistir en ello, que no me resigno tan fácilmente como el Sr. Sanz y Escartín con tal estado de cosas, y creo, por otra parte, que ni es imposible su remedio ni debemos renunciar á procurarle.

Afirmaba S. S. que la paz es un ideal, que es forzoso dejar á un lado ante las exigencias de la realidad, y yo pienso que ese, como todos los ideales, ha de tenerse siempre delante como punto de mira y objetivo de la acción y la conducta. Si el ideal está en la paz, la guerra y todo lo que á ella conduce, será irracional, vicioso y condenable.

¿Es que no hay modo, aun admitiendo el régimen vigente y las organizaciones militares, adoptadas en todos los pueblos, de reducir el mal y de atenuar sus deplorables consecuencias? ¿Quién lo duda? Yo, por lo menos, creo que así como las naciones estuvieron de acuerdo para seguir el ejemplo de Alemania, multiplicando sus armamentos, podrían fácilmente convenirse para reducir los ejércitos, sin que se perjudicaran ni modificasen por eso las respectivas posiciones. Cuando un Estado sólo aumenta su fuerza armada adquiere, sin duda alguna, superioridad ó ventajas; pero tan pronto como los demás le imitan y hacen lo mismo, llegando todos al máximum del esfuerzo que sus elementos consienten, entonces el sacrificio resulta completamente estéril, y las cosas vuelven al estado que tenían antes, porque la nación que contaba con 100.000 soldados dispondrá de 200.000; pero la que sumaba los 200.000 los habrá elevado á 400.000. ¿Puede decirse que de este modo se sirve á los intereses de la paz? No ciertamente; lo que se hace es aumentar los medios de destrucción para que la guerra sea más terrible cuando estalle, y entre tanto se arruina y se condena á grandes sufrimientos á los pueblos.

Pues bien; el desarme parcial, la reducción de los ejércitos, hecha en igual proporción por los Estados, he aquí un medio eficaz y de sencillísima práctica.

Pero es que, á juicio mío, no basta con procurar una atenuación á los excesos del militarismo, sino que es necesario además que protestemos continuamente del culto que se rinde á la fuerza, de la proclamación de la violencia como norma de las relaciones internacionales, contra las ideas dominantes, que consideran la guerra como el primordial y más interesante de los fines políticos, porque hay en todo esto algo que contradice las pretensiones de la cultura y de la civilización modernas y acusa un retroceso por todo extremo lamentable.

En las sociedades primitivas la necesidad de la guerra, entonces inevitable, determinaba una constitución en la que todos los hombres estaban dispuestos para la lucha y habían de ser soldados; pero luego con la formación de las naciones viene la creación de los ejércitos permanentes, como obra del progreso y gran mejora para todas las condiciones del régimen social.

Del mismo modo que en los seres inferiores hay un sólo órgano para muchas ó todas las funciones, y la perfección se realiza por la variedad y la distinción de los órganos hasta llegar al hombre, que es el más complicado de todos los organismos, así en las primeras agrupaciones humanas la función militar tiene, como las restantes, carácter unitario y colectivo; y cuando la civilización adelanta, las sociedades se elevan y puede desarrollarse la ley de división del trabajo, surge para el fin de la guerra un órgano especial y adecuado, que es el ejército permanente. Con esto quedan libres del peso de las armas muchos brazos, que pueden emplearse en los útiles trabajos de la paz; y si la guerra estalla, sustituye al choque de los pueblos en masa la lucha menos sangrienta de los ejércitos. De aquí el carácter regresivo que yo veo en las organizaciones militares puestas en boga recientemente.

Reconozco la necesidad actual de prevenir la guerra, admito, por lo tanto, que las naciones se organicen militarmente y señalen á cada ciudadano el puesto que ha de ocupar, llegado el caso

de sostener la lucha armada; pero no he de aceptar que la contingencia eventual de la guerra sea más atendida que las necesidades más racionales y permanentes de la paz.

Para mí, en las circunstancias normales, claro está, son más urgentes las otras organizaciones, que directamente producen la cultura de los espíritus el fomento de la riqueza y el bienestar de las naciones, y todo lo que puedo admitir es que se atienda á la previsión de la guerra, en igual proporción, con la misma medida en que se cumplen los otros distintos fines de la vida. Está bien que nos organicemos para la guerra, que todo ciudadano tenga una educación militar ó sea soldado; pero es necesario que, si no antes, nos organicemos para la paz al mismo tiempo y cuidemos con idéntico celo de la educación moral, intelectual y económica.

Aunque así lo piense y lo diga el sabio hacendista Wagner, yo no puedo reconocer á los gastos militares un carácter absoluto, avasallador, que los anteponga á todas las demás obligaciones del Estado, de tal manera que cuando se redacta el presupuesto de la administración de justicia ó de las obras públicas haya que contenerse para proporcionarlos á los recursos disponibles, y al llegar á Guerra y Marina se considere legítimo gastar todo cuanto se estima necesario, sin atender á aquella proporcionalidad ni á los límites señalados por otras conveniencias. Con la aplicación de ese criterio se han desnivelado los presupuestos nacionales, se han aumentado en mucho las deudas públicas, se ha hecho precisa la multiplicación de los impuestos, se han exigido á los pueblos inmensos sacrificios de actividad y de riqueza, y se ha dado motivo para que surja como protesta el movimiento antimilitarista, que tan perfectamente expuso el Sr. Sanz y Escartín.

En la ligera conversación que en la pasada noche se mantuvo aquí acerca del asunto, nos decía el Sr. Sánchez de Toca que el ejército es como la personificación de la nacionalidad, y en él encarnan y por él se manifiestan con mayor viveza los sentimientos patrióticos. Verdad es, seguramente; pero en mi entender así sucede, porque se mantiene un concepto vicioso de la nacionalidad exclusivista, de oposición y hostilidad para con los otros pueblos.

Si el ondear de las banderas, el son de los clarines y el desfile de las tropas, que excita-i la acometividad, encienden el amor patrio es porque vemos en la fuerza armada el medio de imponer nuestra superioridad nuestra dominación y nuestros intereses, ya que el ejército representa, no el bien, sino el mal que podemos hacer á los demás.

Añidía el Sr. Sánchez de Toca que los ejércitos son simpáticos, como instrumentos puestos al servicio del derecho internacional, y con esto no puedo estar conforme. En primer lugar, yo creo que la fuerza sirve malamente á la justicia, y aquí como siempre, en la relación internacional lo mismo que en las privadas, el empleo de la coacción lo que supone es la negación del derecho, pero además los ejércitos no pueden ser mirados hoy, como ejecutores de un derecho internacional que no existe, no dan garantía jurídica alguna y al contrario, ellos dictan la ley y son el símbolo de la violencia que rige la comunicación de las naciones.

Y no digo más señores; perdonad lo que he dicho, por obedecer á la indicación de nuestro querido Presidente, y aceptad esas pocas palabras mías en atención á que servirán de motivo para las consideraciones, como siempre profundas é interesantes, que había de hacer nuestro digno compañero el Sr. Sánchez de Toca.

El **Sr. Sanz y Escartín:** He oído con mucho gusto las observaciones del Sr. Piernas, tan razonables y oportunas como todas las que hace; pero deseo consignar que, cuando yo hablaba de dejar á un lado el ideal, me refería á la paz universal en el orden de las realidades actuales, no como aspiración, pues ésta hay que tenerla siempre. Lo que hay es que, desgraciadamente, esta paz universal es hoy una utopía, y en cambio (y es muy posible que así ocurra indefinidamente) la primera condición de la vida individual y social es la fuerza para resistir las invasiones extrañas y la propia vida. De ahí que se piense por los hombres que más profundamente han penetrado en las necesidades de la vida de los pueblos, que la condición del ciudadano no se completa sólo con la preparación civil, con la educación intelectual,

•

sino que se complementa con la educación cívico-militar; es decir, que el hombre, además de tener su inteligencia cultivada, ha de **ser** un ciudadano dispuesto á sacrificar la vida por su patria. Esta es exigencia, á mi juicio, vital en los pueblos modernos, hasta el punto de que creo que está justificada la actitud de los Gobiernos que persiguen la propaganda antimilitar.

Así, en naciones como Suiza, de quien se ha dicho que, aunque pequeña, ocupa un lugar altísimo en la geografía moral de las naciones, el antimilitarismo no ha tenido eco. Allí todos son iguales ante el compañerismo de la vida militar, y allí es una realidad la tendencia que se nota en todos los países á educar á la juventud que acude á las armas, tanto en lo físico, como en lo intelectual, resultando que, después de algún tiempo de estar prestando aquel servicio, aquellos jóvenes son más fuertes, generosos y disciplinados, adquiriendo los hábitos de exactitud y de orden que tan convenientes son también para la vida civil.

Y así como los antiguos soldados de Cronwçll, por la disciplina moral que les infundía la lectura constante de la Biblia, y el deseo de imitar los grandes ejemplos de la antigüedad, llegaron á ser hombres de tales condiciones, que se les citaba como modelo cuando se quería hablar de una persona cumplidora de sus deberes, el ideal es que inmediatamente se pueda conocer al joven que ha hecho el aprendizaje de las armas y de la obediencia propia de la vida militar.

Soy partidario de que en las condiciones actuales de la vida de las naciones, sin abandonar el ideal de paz y de armonía, se tengan en cuenta las necesidades de la guerra, no para lanzarse por caminos de crueldad y de injusticia, sino de prudencia, de valor y de heroísmo.

Después de todo, en la época en que vivimos, quizá para el triunfo de los ideales modernos de libertad y democracia, lejos de ser el ejército un óbice, sea una necesidad.

Muchos creen que Francia, á no ser porque el riesgo de un ataque por parte de Alemania la hizo constituir un poder militar formidable, estaría entregado á la anarquía. De manera que, aun

desde este punto de vista del orden social, quizá los ejércitos permanentes, en vez de una dificultad, son algo que contribuye á protegerle y á asegurarle.

No puedo adherirme de ninguna manera á la idea vertida por nuestro querido colega el Sr. Piernas en una frase que parece propia de las predicaciones de Hervé, cuando decía que el Ejército no representa sino algo como una reminiscencia de épocas pasadas, y que es un instrumento de antagonismos y de odios. Yo creo que lo que representa el Ejército es el espíritu de sacrificio, de deber, de unión, para que no pueda perderse lo que vale más que la vida. Realmente el Ejército, y eso es lo que constituye su grandeza, representa la dignidad y el honor, y no veo por qué el sentimiento de la fuerza, ni en el individuo ni en la colectividad, ha de ser de hostilidad ó agresión. Por el contrario, los más fuertes suelen ser con frecuencia los que más respetan los derechos de los demás y los que más tardan en hacer uso de la fuerza. El espíritu militar es la afirmación enérgica de la vida y de la personalidad de cada pueblo, como condición de su independencia y de su prosperidad. De suerte que, estando conforme con la tendencia generosa que envuelven las palabras del Sr. Piernas, reitero mi convicción de que el Ejército es una necesidad nacional, que hay que mirarle con amor y procurar fomentarle, porque las naciones que no son fuertes están destinadas á la esclavitud y á la degradación.

Sesión leí martes 19 de Noviembre de 1901

El Sr. Sánchez de Toca: A falta de otro Sr. Académico que quiera intervenir en este momento, diré algo, aunque siento no esté presente el Sr. Piernas, porque lo que yo diga ha de ser contestación á lo por él manifestado en su brevísima intervención.

Las manifestaciones del Sr. Piernas sirvieron desde luego para atenuar algunas de las primeras impresiones y apuntar profundas discordias de pareceres que desvanecían el equívoco de un general asentimiento sobre las premisas sentadas por nuestro Secre-

tario al plantear el tema de este debate. Dicho tema, *El movimiento antimilitarista en Europa*, abarca problemas y conflictos actuales de tanta transcendencia en las relaciones internacionales y en la vida interna de los Estados dentro de la sociedad europea contemporánea, que al anunciar en primera síntesis las premisas cardinales para su controversia no es fácil fijar todos sus aspectos y dejar concretados los conceptos con diaphanía y precisión que descarte equívocos. La exposición del tema ha resultado muy matizada de espíritu de pacifismo y humanismo, ó humanitarismo, y estas denominaciones tienen el inconveniente de prestarse á muchos equívocos. Aunque no hubiera mediado el diálogo que surgió aquí inmediatamente después del discurso de nuestro Secretario planteando el tema del debate, tenía yo por seguro que ninguno de los aquí presentes es antipacifista ni antimilitarista, pues entiendo que aunque consideremos á la paz como uno de los mayores bienes, apreciamos á la vez que también la guerra puede representar en circunstancias determinadas un bien mayor que la paz misma.

Estas denominaciones de antimilitarismo, pacifismo y humanitarismo, al igual de tantas otras especies circulantes en la política y en las pasiones de las colectividades, se prestan á sobrados equívocos. Corren de esta manera, por la necesidad social de que para que proposiciones de tal índole puedan circular con valor de realidad adaptable á los usos del vulgo, les es precisa alguna amalgama, como ocurre con la moneda. Pero importa tener siempre muy en cuenta que ninguna de estas denominaciones puede admitirse como proposición de verdadero valor en cambio, si no se amalgama con ella algún elemento contradictorio de los nombres naturaleza y calidad con que ha sido timbrada para ser puesta en circulación.

Esta índole de proposiciones requieren en suma la misma prevención que la filosofía popular pone respecto á los proverbios que atroquela, teniendo buen cuidado que refrán dado á la circulación tenga siempre su contradictorio, tan verdadero y realista el uno como el otro.

Algo de esto necesitaban algunos de los enunciados con que se ha planteado el debate, pues aparecían en penumbra de equívoco por sobrada sencillez en la calificación y denominación de las cosas. Así todos, al oírle, nos sumábamos al sentido pacifista, y aun á las veces antimilitarista, de sus proposiciones; pues todos somos pacifistas y tenemos algo de antimilitaristas, entendiendo por militarismo los abusos é intromisiones del elemento militar que de vez en cuando se producen en el régimen jurisdiccional de los Estados.

Pero en lo que ahora se denomina antimilitarismo se ocultan muy otras cosas. Ante un poder militar perturbador del orden constitucional de los Estados, é imponiéndose pretorianamente á las jurisdicciones civiles y á la misma soberanía nacional, todo hombre civil con sana conciencia de ciudadanía será antimilitarista. Pero todos seremos entusiastas militaristas si se trata, por el contrario, del sostenimiento de la fuerza militar activa de la nación, del ejército como institución fundamental de la independencia patria y personificación la más alta y gloriosa de la vida nacional.

Lo que se entiende hoy en puridad por antimilitarismo y pacifismo es un gran extravío intelectual y afectivo que se produce en el seno de las sociedades contemporáneas, respecto al modo de sentir la patria y lo que en ella representa el ejército. Esta enfermedad social es de muy complejo análisis y trae largo proceso mental, moral y económico. Trazar su desenvolvimiento histórico y diagnosticarla requeriría más tiempo del que ahora disponemos para esta discusión. Básteme por ello indicar alguna característica de esta desintegración de espíritu nacional, unas veces con carácter epidémico, otras como morbo esporádico en las entrañas de las sociedades contemporáneas. Manifiéstase principalmente con ocasión de los grandes desastres nacionales. Pues en la vida colectiva, lo mismo que en la individual del hombre, los trances de la adversidad son la mejor prueba del vigor de los temperamentos. Las constituciones débiles y enfermizas sucumben á la primera sacudida; y por el contrario, las constitu-

ciones de Estado con vigor político y social, no sólo se sobrepone á las crisis trágicas, sino que ante esas pruebas aparecen más fuertes.

En las sociedades contemporáneas los estragos de este mal se producen con mayor intensidad de daños, cuando sus ponzoñas se han inoculado en el corazón y en el entendimiento de los hombres por las vías de la enseñanza. Y su contagio resulta aún más peligroso y formidable cuando á la contaminación de las rebeldías y abominaciones difundidas en contra de la patria por las vías de la enseñanza se une, cual acontece en las naciones latinas, la propaganda de los carteles, programas y consignas dictadas como estatutos y credos de las sindicaciones sociales de las clases obreras. Tal es la naturaleza de la tremenda depravación de espíritu y de afectos, que lleva ahora á considerables multitudes á abominar de su patria y renegar de su nacionalismo. Y esto es la enfermedad de naciones que en el movimiento social contemporáneo se designa realmente bajo la denominación de antimilitarismo y pacifismo, pues el instinto vulgar ha venido á señalar la enfermedad con los nombres propios de sus principales síntomas.

A Francia le ha correspondido en esto representar durante los últimos años principal caso clínico. Después del desastre de 1870 se manifestó durante algunos años en resurgimiento que impresionaba, como trasunto del que tuvo Alemania después de Jena. El espíritu patriótico se produjo entonces con enérgica tensión. A él parecían responder, entre los programas de gobierno de Gambetta, incluso los elementos más exaltados del radicalismo revolucionario. Después vinieron otros tiempos con espíritu nuevo. Tras de los procesos militares, que tan hondamente estremecieron allí las pasiones, prevaleció un radicalismo sectario y jacobino, agitador de odios antinacionalistas, que enseñoreándose del Estado impuso sus dominaciones principalmente por medio de las instituciones de enseñanza. Y la obra sectaria de odio al ejército y de consignas contra la disciplina militar ha alcanzado allí tales avances, que las mismas glorias de la Francia antigua

y aquel grande y admirable sentimiento patrio del pueblo francés, que en los días de la revolución como en los del antiguo régimen produjo en la historia empresas tan legendarias que eran cartel permanente transmitido de generación en generación como lo máspreciado del haber hereditario de la raza, se convirtieron de pronto en materia de befa y escarnio pregonada por los maestros primarios en las escuelas oficiales del Estado docente. Francia ha venido así á ser primer caso en la historia de una nación en cuyas escuelas del Estado se desaprenden é infaman los propios fastos nacionales y se maldice de la patria; y bajo la acción de esas instituciones docentes, allí también se ha dado por primera vez el caso de que los odios más intensos contra el ejército y las mayores execraciones de la gloria militar sean las de la juventud al salir de las aulas.

De ahí procede el estado grave y de pronóstico muy reservado con que la Francia actual impresiona á los estadistas y desconcierta todos sus cálculos para las previsiones de las futuras contingencias del equilibrio internacional de los estados de potencia. Se dan cuenta de que bajo la acción de esas tremendas desintegraciones del orden moral, además de haber padecido el ejército y las conciencias religiosas, lo que aparece de momento más destruido es el mismo modo de sentir la patria. Francia impresiona hoy á los de fuera como una de las naciones donde es mayor el número de los ciudadanos sin espíritu de sacrificio para los deberes del patriota. Y como en las naciones con organización del moderno servicio militar obligatorio la fuerza de los ejércitos en trance de guerra depende fundamentalmente del estado del espíritu público en la conciencia de la ciudadanía, todas las grandes potencias, aliadas ú hostiles, concentran sus primordiales preocupaciones en el avalúo de aquellos imponderables elementos morales constitutivos del patriotismo, en cuyas incógnitas se encierran los factores más poderosos del éxito y la verdadera potencialidad de los armamentos y de los efectivos.

Así Francia, á la hora presente, resulta, en cuanto á sus estados de potencia militar, verdadero enigma ante las expectativas

de los estadistas. Nadie se atreve á diagnosticar lo que significa la acción de los idilios pacifistas y de los delirios antimilitaristas sobre sus multitudes y clases directoras y sobre todas sus disciplinas sociales como nación. Aun menos se aventuran á pronosticar cuál será la probable eficiencia positiva de sus armamentos y el vigor moral y material de ese Estado en trance de guerra.

Con ser tan conocidos de propios y extraños todos los aparatos externos que componen la fuerza de su ejército: los efectivos, el armamento y el material técnico, los organismos, los métodos del reclutamiento y de la movilización, sin embargo, entre los hombres de guerra y los estadistas más entendidos ninguno se atreve á graduar el valor positivo de todo eso. Se dan cuenta de que la eficiencia de todo ello depende esencialmente de la condición del espíritu público y de las calidades de la ciudadanía, por cuya virtud en la guerra uno representa más que diez y diez no representan más que uno. Y por lo mismo que advierten síntomas tan graves del profundo estrago que los movimientos antimilitaristas han producido en el seno de esa ciudadanía respecto al modo de sentir los deberes para con la patria, coinciden los más prudentes en encerrarse en pronóstico muy reservado en cuanto á diagnosticar sobre la calidad y eficiencias que rendirán tales fuerzas guerreras de la patria francesa en la prueba trágica de una conflagración internacional.

Los soñadores de humanitario pacifismo perpetuo, pregoneros del acabamiento de las guerras por desarme general, así como su séquito de escuderos antimilitaristas, forman hoy en las naciones civilizadas más numerosa legión que en cualquier otro período de la historia. Pero entre las grandes naciones contemporáneas, en ninguna han llegado tales doctrinas á debilitar y disminuir en el espíritu colectivo tanto como en Francia el sentimiento de la patria y la más alta estima de lo que las instituciones militares representan en nuestros días para el sustento y dignidad de las soberanías nacionales. Esa atrofia del sentimiento patrio débese principalmente á las esenciales características del socialismo revolucionario francés.

Bajo la influencia deletérea de ese espíritu sectario en considerable parte de las ciudadanías, aparece á la hora presente como borrado este sentimiento hasta en lo más externo del concepto de la patria. Se ha atrofiado en la conciencia colectiva la estima de aquello mismo que podría denominarse el fundamento meramente natural ó físico y fisiológico del sentimiento patrio. Por ese sectarismo, ni siquiera se hace aprecio de la patria, reducida á lo que ella tiene de más material, es decir, considerándola en lo más externo de lo que ella aporta para las más elementales condiciones del desarrollo de la vida humana y la puesta en valor del individuo por sí mismo. En ese ambiente pierden las muchedumbre hasta el instinto de que en la valoración del individuo humano, la persona aislada, por mucho que valga, es bien poco por sí sola en comparación de lo que recibe del ambiente social; que nuestro principal valor, dentro de la asociación humana, radica en la patria que nos ampara, que á ella debemos desde el nacer tanto como á nuestra familia misma, y que además con respecto á la patria, cada día de nuestra existencia representa para nosotros un aumento de esa deuda. En suma, que el hombre no puede desarrollarse sino en seno patrio: que el medio social es indispensable para satisfacer todo lo que es necesario á la vida humana, y que puesto que ninguno de nosotros se basta á todo, nuestra existencia depende constantemente de que en toda necesidad todo individuo cuente con la totalidad de su ciudadanía.

Y cuando de esta manera se ha llegado á borrar el sentimiento de la patria, hasta en lo que en ella tiene de más externo y material para las necesidades de la vida humana, no es de extrañar que resulten aún más desvanecidos de las conciencias los fundamentos históricos del sentimiento patrio. En tales condiciones de espíritu ha de resultar aún más radicalmente eliminado de sus estados de ánimo cuanto afecta al sentir de la patria como cuerpo místico que agrupa á los seres humanos en número indefinido de generaciones alrededor de unas mismas ideas madres, vinculándolas á una idealidad, por la cual las almas se sienten solidarias, y se transmiten unas á otras hereditariamente la con-

ciencia de formar un cuerpo místico. Los enlaces de esta espiritualidad arrancan, pues, de causas más íntimas y fundamentales que las de haber convivido secularmente una misma historia. Y por ello, cuando llega la hora de hacer la revisión de sus tradiciones históricas abarcando en perspectiva de conjunto los anales de sus antepasados, se dan cuenta de que los hombres de cada generación no actuaron sino como meras causas secundarias en la urdimbre de la historia nacional, y que en sus linajes la patria se ha creado ella á sí misma temporal y espiritualmente, haciendo germinar y florecer en la psicología individual y colectiva de su estirpe un fondo de creencias que sus hijos han sentido del mismo modo y por espacio de muchos siglos. De esta manera la soberanía de una nación es como fuerza vital generadora de un organismo colectivo en el que, además del vínculo de la familia natural, se sienten todos enlazados por el ministerio de la espiritualidad de la misma soberanía á un parentesco aun más íntimo, positivo, poderoso é indisoluble que el de la fuerza de la sangre.

Raza que no tenga incorporado en todo su ser este concepto místico de su peculiar existencia dentro de la asociación humana, es raza sin patria y no pertenece siquiera á estirpe creadora de naciones. Por esto mismo, á la vez, el más grave síntoma de disgregaciones ó de total descomposición de una patria, consiste en que padezca desintegraciones ó menoscabos en la conciencia colectiva de un cuerpo de nacióneste sentimiento místico de la patria, que es una de las grandes fuerzas morales invisibles é inexcrutables en sí mismas, pero que se exteriorizan en la historia con la acción más soberana. Y por esto mismo también nada es tan eficaz para el resurgimiento de las naciones, después de grandes desastres, como un sentir patrio intenso, guardando por él, hasta en el seno de sus mayores adversidades, la fe en que la vida no se ordena bien sino en consideración á lo que ha de traspasar los límites de lo presente, y en que el acto supremo para un pueblo es el transmutar la nacionalidad en una inmortalidad viva.

Serán por ello de eterna verdad y capítulo inapreciable para las más provechosas meditaciones en la hora de los grandes in-

fortunios públicos, aquellos pensamientos con que Fichte, al día siguiente del desastre de Jena, confortó la fe y la esperanza de la nación alemana, advirtiéndole que la vida tiene muy escaso valor como mero hecho de ser en existencia sin fe en los propios destinos y fatídicamente entregada al arrastre atropellado de cuanto se agita en labor de generación y descomposición perpetua. Que la única vida nacional que merece vivirse es la que se acepta como fuente y origen de lo que siempre perdura. Y como dentro del orden temporal esta perdurabilidad es propia únicamente de naciones con fe en la duración perenne de la patria, hay que morir á fin de conservarla para que ella viva y en ella pueda vivir transmitido perpetuamente á toda la descendencia de la estirpe ese preciado tesoro de su espiritualidad. Este es el amor patrio verdadero, que no se relaciona sólo con las cosas pasadas, sino que crece y se enaltece con la visión de destinos indefinidos. Comprender así á su pueblo y á su patria, es ir mucho más allá que el Estado, que no integra la finalidad social, sino un orden muy restringido y en muy estrechos límites.

El Estado, añade Fichte, no es más que el medio y la preparación de lo que aspira el patriotismo propiamente dicho en su fusión é intuición cada vez más pura y cada vez más clara de su progreso indefinido. Para ello el patriotismo debe imponerse al mismo Estado y debe ser considerado como poder superior y último respecto de todo aquello que le limite para el fin supremo suyo.

Nada más antitético de la mentalidad de los pacifismos y antimilitarismos modernos que este concepto espiritual de la patria. Constituye, por el contrario, el fondo común de su humanitarismo positivista y utilitario, el supuesto de que las patrias son un producto natural de la historia y de las razas dentro de ella, y que, en las evoluciones espontáneas de nuestra especie, todas esas diferenciaciones, residuos de eras pasadas, están predestinadas á desaparecer en siglos venideros. Pero hasta ahora ningún hecho descuello en la historia humana con más positivas y constantes comprobaciones, como el que el factor principal de la

generación de patrias, no consiste en el fatalismo de las evoluciones de los imperios y de las razas, sino que lo que constituye el régimen providencial de la historia es que la patria sea la que crea las razas históricas, y que éstas á su vez forman la trama de la historia. Así, las razas más superiores son las engendradas por el más alto sentido de la patria; y la soberanía creadora del vínculo político familiar y parentesco espiritual de cada nación es la que ha engendrado las estirpes nacionales, y éstas á su vez la sucesión de los imperios en la historia. Si surgió una raza helénica, y un pueblo romano; si anglos, sajones, españoles y franceses han alcanzado soberanía directora de la historia, es porque existió primero, como cuerpo místico, en los estados de conciencia colectiva, una patria helénica y otra romana, y tras de ellas otras patrias que fueron engendrando y formando cada una de esas razas históricas.

Por el mismo misterio espiritual que preside á la generación de las soberanías nacionales, el concepto de la patria es por sí mismo tan difícil de definir, que parece como refractario al razonamiento. Pertenece á la categoría de los fenómenos de conciencia y creencia, y vida afectiva que tienen realidad dinámica, más incontrastable é intensa, y más soberano imperio que todo lo que el razonamiento puede aquilatar.

Esa esencia mística de la patria en sí misma, de tan profundo é inexplicable misterio, tiene tal señorío sobre los destinos individuales y colectivos de los hombres y sobre el curso de la historia, que en todo momento, pero principalmente á la hora trágica de los conflictos, ella de por sí subordina con soberano é irresistible imperio cualquiera otro factor decisivo de las determinaciones humanas. Los primordiales instintos de nuestra naturaleza, que delante de la catástrofe impulsan al egoísmo personal á ponerse ante todo á salvo, parece que al sentirse envueltos en una gran tragedia nacional, levantando amenaza colectiva de perecimiento sobre vidas y haciendas, debieran actuar también, imponiendo individual y colectivamente como el más natural y razonable de los imperativos humanos el que cada cual piense prime-

ro en si mismo. Mas sin embargo, en tales trances las grandes líneas gráficas de la conducta de los hombres revelan que cuanto más íntimamente ha compenetrado su corazón y su espíritu este sentimiento patrio, el albedrío humano responde con todas las potencias del alma á las voces de otros imperativos. Analizáranse con la dialéctica ordinaria cada uno de los conceptos é instintos primordiales de la vida, y los descubriéramos en contradicción con la naturaleza de sacrificio que el patriotismo lleva en sí. Pero el sentimiento de la patria se sobrepone á todas las rebeldías que contra él intenten de consuno la razón y el instinto de los egoísmos humanos.

La patria no se crea ni se comprende por razonamiento. La razón razonadora no puede explicar tales sentimientos, y más bien los contradice. Su núcleo más vital consiste en un estado de creencia; y si la espiritualidad de la creencia es el resorte principal en la vida individual del hombre, este resorte fundamental multiplica todas las energías de su potencia en el seno de la vida colectiva.

Nuestros intereses nos desunen, las pasiones nos ponen en discordia, las combinaciones más afortunadas de la política no llegan por sí solas más que á agrandar expansiones geográficas, lo que se llama el alma de la raza sólo es por sí una mera nebulosa que no se basta á crear un pueblo; ni siquiera la comunidad de idioma combinada con la de la raza se bastan á crear patria; lo que únicamente es capaz de aunar, asimilar y vivificar todos esos elementos creando con ellos en vida de soberanía el cuerpo místico de una nación, es la creencia colectiva por la cual se sienten todos ligados en indisoluble solidaridad á los mismos destinos de soberanía. Las colectividades, aun más que los individuos, se gobiernan por el fondo inconsciente ó subconsciente de sus estados de espíritu. Los grandes movimientos nacionales, lo más permanente de sus obras, sus fundamentales directivas á través de las vicisitudes de la historia, casi nunca son actos de razón razonada, sino actos impulsivos de creencia y fe en los propios destinos, tanto en relación á su vida interior como en relaciones con

los demás. De estos manantiales de la creencia mística en la patria brotan las espiritualidades y los sentimientos creadores de una nación, y las existencias nacionales no perduran sino sustentadas por el espíritu de sacrificio que dimana de esa creencia colectiva y por el impulso de energías vitales que ella genera.

Esta espiritualidad actúa en suma sobre el cuerpo de las naciones en función parecida á la del alma en la individualidad del organismo humano. Nuestros sentidos corporales no la ven, nuestra imaginación misma no acierta á representarla; pero todos notamos sus efectos, y ella es la que infunde la vida á todos los órganos. Sin ella un cuerpo de nación, aunque parezca tener todas las partes y exterioridades de un organismo nacional, no es un cuerpo vivo, sino un cadáver.

Por cuanto queda expuesto, se advierte lo bastante que el punto capital del problema que actualmente se nos plantea bajo la denominación de antimilitarismo radica en la repercusión que el estado enfermizo del sentimiento patrio dentro de algunas naciones contemporáneas produce sobre las instituciones militares y sobre la condición moral de su ejército.

Ese antimilitarismo no concibe todo lo que representa la entrega de la bandera de la patria á un ejército para que su honor la guarde y sustente, bajo obligación inexcusable de dar la vida antes de que este emblema se mancille ó injurie. Aun menos concibe esa comunión espiritual entre el honor militar y el honor de la Patria, por cuya virtud nos sentimos todos representados por el ejército, en términos que sus laureles sean laureles de cuantos somos la Patria, y sus infortunios sean luto de todos.

No es necesario en este lugar extenderse á desarrollos de la tesis de que sin la base de un sentimiento nacional vivo y enérgico nada es el ejército, y que á la vez, por vivo y enérgico que sea el patriotismo, es indispensable ejército bien adiestrado en todas las disciplinas militares y bien preparado y pertrechado de todo para la defensa eficaz de la nación.

Los enlaces entre la nación y las instituciones militares fueron siempre una de las claves principales para el mantenimiento

de las existencias nacionales; pero nunca constituyó esto tan fundamental y transcendental necesidad de Estado como en la civilización contemporánea. El concepto moderno de la organización militar propia de los enormes ejércitos permanentes de nuestros días, y sobre todo de la nación armada sobre las bases del servicio militar para todos obligatorio, representa un orden de instituciones militares y disciplinas de guerra sin parecido en la historia.

Los enlaces entre la nación y las instituciones militares nunca presentaron problemas de tanta complejidad, no solo en la técnica de la guerra, sino también en el orden económico, en el social y en el político. El hombre civil deshonra hoy los altos puestos de gobierno si en ellos no se acompaña de alta intuición y conocimiento sintético de la dinámica internacional de las fuerzas militares, y del transcendental instrumento de Estado que ahora representan los organismos militares; y á la vez la dignidad de las funciones de las altas jerarquías de la milicia, y singularmente la peculiar de los organizadores y educadores de ejércitos, es incompatible con la ignorancia de las supremas necesidades y razones de Estado que á cada nación impone su geografía y su misión histórica. Y además de esto, tampoco es hoy digno del título de hombre de guerra quien á la alta comprensión política del manejo de los recursos de que su patria dispone, y del vigor del alma nacional, no suma también dotes de perspicaces intuiciones y conocimiento sintético de las condiciones civiles cuyas preeminencias son necesarias al manejo del poder público en los modernos Estados nacionales.

Hoy más que nunca le es preciso al ejército, para rendir toda su eficiencia militar, que le anime espiritualmente el ambiente de la nación vivificado con el amor del ciudadano y del patriota. No existe ejército capaz de servir actualmente de instrumento internacional á la soberanía allí donde éste se produce sólo material y automáticamente por la organización técnica de la disciplina militar y del armamento y de la táctica, estrategia y logística de todas las armas.

Sin embargo, en las relaciones entre la nación y sus instituciones militares van produciéndose tales alteraciones y disentimientos del espíritu de las multitudes y de algunos elementos intelectuales, que en el seno de no pocas grandes y gloriosas naciones constituyen ya una de las más graves y temerosas preocupaciones de la gobernación.

Lo que ahora se denomina el antimilitarismo es, precisamente, la condensación de los odios contra el Ejército por parte de determinados elementos intelectuales anarquizantes, y de las huestes del socialismo revolucionario. No faltan entre esos elementos quienes hagan gala de pregonar amor al Ejército; pero su amor produce de hecho los mismos efectos que el odio. Para ellos el Ejército significa una institución contra la ciudadanía; la disciplina militar equivale á una degradación de la dignidad humana. No comprenden otros combates que los de la lucha de clases sociales. Las únicas guerras que estiman legítimas son las guerras civiles. Los más, por la psicología de la mentalidad impulsiva, que les hace sobreponer en todo las pasiones de la lucha de clases á los sentimientos de patria, ni siquiera vislumbran los aspectos sociales de las fundamentales diferencias que el régimen contemporáneo de la nación armada establece entre la disciplina militar antigua y la moderna. Son refractarios á la comprensión de que estas nuevas instituciones de ejército nacional, además de unificar y disciplinar más intensamente las energías sociales y de vincular á todos á las preeminencias de la patria grande, constituyen para las democracias contemporáneas la mejor y más íntima educación de los sentimientos, la formación de la voluntad y del carácter y el gran aprendizaje colectivo de la solidaridad social de todas las clases. Ni siquiera advierten que en estas instituciones de ejército nacional el honor y el prestigio militar, entre cuyas virtudes ha de descollar siempre magnánima y soberana la virtud del sacrificio, constituyen incomparable contrapartida del poder y de los egoísmos del capitalismo. En tal ofuscación, llegan á pedir que, caso de ser precisa fuerza armada, ésta se constituya con mercenarios. «Que contraten ejército de merce-

narios—decía Hervé en uno de los congresos del antimilitarismo—y nada tendremos que oponer.» Como no sienten la patria, representa para ellos intolerable vejamen el tener que prestar los veinte meses de servicio militar. Semejante intelectualidad mal puede hacerse cargo de que un ejército de mercenarios ó una organización militar formada con contingentes de levass, ó quintas, ó de legionarios de todas procedencias, á la manera del antiguo régimen, no sería, en las democracias contemporáneas, ni escuela de igualdad, ni educación de disciplina y honor, ni representaría herencia y florecimiento de las tradiciones nacionales.

Por tanto, en estas protestas del antimilitarismo, aunque en ellas se interpongan incidentalmente controversias como la de aliviar á las ciudadanías de la prestación del servicio militar obligatorio, sustituyéndola con ejército mercenario, se destaca como característica primordial la resistencia al servicio militar derivada de una profunda degradación del sentimiento patrio.

La obligación personal de defender la patria hasta con sacrificio de la propia vida es tan congénita de nuestra naturaleza, que ella aparece desde los mismos orígenes de la historia como uno de los hechos más espontáneos de la asociación humana. Pero esta prestación personal del servicio de las armas implica profunda diversidad de condiciones y muy distinta naturaleza de sacrificios en cada período de las evoluciones sociales. En las sociedades nacientes es prestación instintiva á la que todos contribuyen, sin que parezca sacrificio para nadie. Una sociedad primitiva es toda ella milicia. En su seno todos sienten y prestan voluntariamente las obligaciones del servicio de la defensa común. Pero luego, en la misma proporción y medida que van desarrollándose los estados sociales, ellos de por sí introducen consecutivamente en esto diferenciaciones de cargas y sacrificios en esta prestación de defensa. Cuando la asociación humana se ha establecido en asientos de constitución agraria, aunque este servicio de defensa represente ya para clases numerosas mayores sacrificios, todavía puede mantenerse sin grande esfuerzo con carácter de obligación general, sobre todo si el servicio ha de rendirse

en período que permita el abandono de las labores agrícolas. Pero cuando la actividad social se hace más intensa, y se forman las grandes agrupaciones urbanas, es inevitable que la obligación de tomar las armas represente en las ciudadanías sacrificio mucho más considerable, principalmente cuando ello implique salir de los confines de su territorio. Así, cuanto mayor es el desarrollo de los intereses materiales concentrados en vida social, el requerir á la ciudadanía para servicio militar, la prestación personal de fuerza activa necesaria al mantenimiento y defensa de una nación, tropieza con mayores resistencias.

Esto aconteció hasta en el seno de la misma Roma, á pesar de que, en fuerza de la extraordinaria disciplina política y militar de su vida civil, logró por mayor número de siglos el mantenimiento de ejército permanente constituido por la renovación continuada de sus legiones con todos los contingentes de su ciudadanía.

El sentimiento patrio nunca ha alcanzado expresión tan sublimada como en el seno de la ciudadanía romana. Ese espíritu de civismo forjó aquellas instituciones de soberanía y de libertades públicas en las cuales el mayor sacrificio en aras de la patria resultaba compensado con la dignidad de no reconocer más señorío que el de un poder público impersonal asentado en leyes más poderosas que las magistraturas supremas. Esas instituciones fueron, á su vez, la escuela de la maravillosa sagacidad y experiencia política y de prudencia y atrevimientos de razón de Estado con que el Senado y el Pueblo romano dominaron al mundo, mediante sin igual pericia de gobierno, para combinar en sus empresas de soberanía la fijeza de pensamientos y perseverancia de la voluntad con la flexibilidad de conducta siempre adaptada á las realidades de cada momento. De todo ello surgió también la mejor milicia del mundo antiguo y la política de guerra más previsoras, enérgica y sostenida que han conocido los siglos.

De ninguna de sus disciplinas de gobierno se enorgulleció Roma tanto como de sus instituciones militares. No en vano la consideraron como el fundamento primordial de su imperio.

Aquella disciplina militar compenetraba, en efecto, tan íntimamente toda la constitución de su República, que ella fué el primer elemento de soberanía que brotó en su Estado y el que perduró por más tiempo. Mediante esa disciplina permanentemente creadora y renovadora de legiones, nutridas con todos los contingentes de la ciudadanía, Roma se sintió en todo momento en disponibilidad de elementos de defensa prácticamente inagotables, y afrontó las horas más trágicas, manteniendo confianza inquebrantable en el desenlace definitivo.

Las guerras púnicas fueron la más señalada comprobación del respectivo contraste entre la eficiencia de una disciplina militar de hueste formada por profesionales de las armas y acaudillada por insignes hombres de guerra, y aquella otra que, además de crear y sustentar ejércitos bien adiestrados, les infunde el alma de la patria con vivo y enérgico espíritu de patriotismo.

La exuberancia de su propia prosperidad económica había desviado á la ciudadanía cartaginesa de las prestaciones personales en el servicio militar. República que había descollado á sus comienzos por su naturaleza guerrera, luego, al enriquecerse, descuidó las disciplinas militares en su ciudadanía. Entregada al goce de sus riquezas, se convirtió en República plutocrática, confiada en que su dinero le bastara á adquirirlo todo, incluso gran ejército. En contraste con sus propios ciudadanos, reclutó tropas mercenarias. La historia no ha hecho más que confirmar con sus fallos definitivos los juicios sagaces anticipados por Polybio, sentando para enseñanza de políticos y capitanes, que por la misma naturaleza de aquellas dos Repúblicas, y sobre todo por la diferenciación de sus disciplinas militares al entrar en las guerras púnicas, Cartago estaba indefectiblemente predestinada á entrar en el vasallaje de Roma.

Pero á su vez, esa misma admirable disciplina de vida civil y militar, mediante la cual la República romana se encumbró al imperio del mundo extrayendo de la propia ciudadanía los contingentes de sus legiones, vino á la postre la descomposición cuando tuvo que recurrir á los contingentes de hueste de extraños,

cuando, tanto por la acción desmoralizadora con que la riqueza acumulada actuaba sobre su espíritu cívico, cuanto por la misma inmensidad de aquel Imperio, no encontró ya dentro de su ciudadanía elementos bastantes para el reclutamiento de los grandes ejércitos que necesitaba. Aunque trató de dignificar á estos nuevos elementos militares presentándolos primero como soldados romanos, ellos actuaron al fin como elementos mercenarios, que deshicieron toda la economía política y militar de aquella ingente soberanía.

En eras posteriores la historia ha continuado prodigando iguales enseñanzas respecto á los enlaces entre los estados del espíritu nacional y de sus instituciones militares. La enseñanza del engrandecimiento y degradación de las Repúblicas italianas es quizás la más impresionante de cuantas sobre esto registra la historia. Esa familia de Repúblicas que por la vida intensa de su ciudadanía dentro de cada una de sus capitalidades y por la emulación de sus competencias municipales, presentaban en los siglos XIII y XIV los más asombrosos esplendores de cultura, cuando llegaron al apogeo experimentaron también que dentro de cada una de sus ciudadanías, por la propia prosperidad del comercio, de la industria y de la vida intelectual, la prestación personal del servicio de las armas representaba para el ciudadano inmenso sacrificio. Así, las Repúblicas que habían organizado la defensa de su soberanía y los amparos del poder público para sus libertades reclutando en sí mismas su milicia, descargaron de este gravamen á su ciudadanía, encomendando á hueste mercenaria la defensa patria.

Huelga aquí recordar lo que fueron las hazañas de aquellas bandas de condotieros que contrataban indistintamente sus servicios á la señoría de Milán ó á la de Florencia, ó á la República de Venecia, ó á cualquiera de las tiranías entronizadas por oligarquías ó demagogias. Basta remitirse á las execraciones que contra ellas fulminó la indignación patriótica de Maquiavelo en las páginas de su *Tratado sobre el arte de la guerra*, y al insuperable cuadro que de semejantes huestes y envilecimientos de ciu-

dadanía trazó Macaulay en su *Ensayo sobre Maquiavelo y su época*. Las magníficas señorías amparadas por tales condotieros, á pesar de sus deslumbradores atavíos de cultura y de todo el poderío de su riqueza, perdieron la soberanía y sus gentes resultaron humilladas y barridas como razas viles en cuanto vino de fuera ejército de otros temples.

La organización de una fuerza militar permanente, reteniendo su dirección y mando como prerrogativa exclusiva de la Corona, ha sido el principal instrumento que permitió á las monarquías construir los grandes cuerpos de nación de la Era Moderna, desmontando los baluartes de la feudalidad y borrando las fronteras internas territoriales y jurisdiccionales, que impedían la expansión de las unidades nacionales en su natural asiento geográfico. Esas organizaciones militares, aunque compuestas también en parte considerable de elementos mercenarios, vinculaban en la misma nacionalidad la suprema dirección del ejército y el servicio de sus armas. Gracias á este instrumento de poder público, cada nación ha podido constituirse en potencia de personalidad para alternar en derecho de gentes, y el espíritu colectivo de los pueblos pudo desarrollarse con un sentido de la patria mucho más amplio que el de los estrechos particularismos de ciudadanía ó de señorío en que se encerraba durante los siglos medios.

Pero aunque el sentimiento del honor en la profesión de las armas se baste á producir temples admirables de carácter y extraordinarios alientos para las hazañas más heroicas, hasta sobre contingentes reclutados con la leva, ó la quinta, ó la contratación como servicio mercenario, no es este el régimen más eficaz para animar espiritualmente á los ejércitos con los efluvios directos del alma misma de la patria. En el componente de tales milicias, el fuero del militarismo parece sobrepuesto al propio sentido patrio. Produce legiones admirables para guerras como las que en el antiguo régimen se llamaban de magnificencia, ó para el servicio de reyes hazañeros ó Césares imperiales, más bien que para esas grandes obras de soberanía nacional en que los pueblos sienten más hondamente sacudido su patriotismo.

Hoy nos encontramos en un período de historia en que toda esa relación entre el ejército y la patria ha venido á un orden de desenvolvimiento completamente distinto del que había tenido hasta ahora. Las naciones, por el gigantesco desarrollo moderno de la riqueza, y, sobre todo, por la vertiginosa y formidable expansión de la actividad industrial y mercantil, están hoy de tal modo sujetas á la lucha de la vida económica, y resulta en ellas de tal suerte individual y colectivamente comprometida en vida y hacienda toda la ciudadanía, que nunca representó tan grande sacrificio como hoy el exigir del ciudadano que aunque por pocos días abandone periódicamente sus tareas habituales. Y, al mismo tiempo, al lado de estas necesidades materiales de la existencia, que traen séquito de tan graves perturbaciones y calamidades públicas en cuanto se entorpece el curso normal de la vertiginosa actividad económica, resultan también las naciones envueltas en conflictos militares y mundiales que, para el mantenimiento de la personalidad internacional en el equilibrio de las potencias, imponen, como armamento militar, la armadura más abrumadora que ha tenido que conllevar el hombre, y colocan á las naciones, en los días de la paz lo mismo que en los de la guerra, ante tremendas alternativas jamás conocidas en la historia.

En estas condiciones de la vida moderna, el réstrimen del servicio militar obligatorio representa hoy para las ciudadanía, hasta en el seno de la paz, los más grandes sacrificios personales que la patria ha exigido para su defensa. Nada tiene, por tanto, de extraño que contra él se rebelen los egoísmos humanos. Y, sin embargo, las únicas voces de protesta airada son las que del seno de las multitudes del socialismo arrancan los elementos revolucionarios más violentos y los intelectuales anarquizantes. Como ellos no sienten la patria, el llamamiento á prestar el servicio militar les resulta sacrificio intolerable. De ese estado de exasperación brotan las iracundias de su antimilitarismo. Pero el hecho mismo del relativo aislamiento é impotencia de esas voces de protesta, á pesar de los enormes sacrificios que los gigantes aparatos del armamento moderno que la soberanía impone

á las ciudadanías, constituye una de las pruebas más palmarias de que el patriotismo nunca se ha sentido con tan amplio espíritu ni tan intensamente como ahora.

La base primordial de las grandes unidades nacionales modernas consiste en que sus instituciones de soberanía democrática sean órgano de pueblos gigantes, reflejando inmensa palpación del sentimiento patrio con sus anhelos, sus esperanzas, sus dolores, sus entusiasmos y su intensa circulación de vida, desarrollada á la vez con espíritu de civismo parecido al que destacó con tanta grandeza entre todos los pueblos á la ciudadanía romana, como el caso más señalado del patriotismo enseñoreado de plebes y patricios y sublimando la asociación humana á la expansión de la más amplia conciencia colectiva de la vida para vivificar en gigantesco cuerpo de nación la soberanía de una misma patria. Toda nación políticamente sana tiene hoy alma imperial, porque en sus ciudadanías señorea el sentir solidario de la patria con civismo tan intenso como el del senado y el pueblo romano. Y el señorío, en el ánimo de las muchedumbres, de esta conciencia imperialista de la ciudadanía, á la vez de constituir el principal resorte de su existencia nacional, es lo que hace posibles las instituciones democráticas en convivencia con la organización de las disciplinas militares contemporáneas.

La oposición del socialismo revolucionario y de los intelectuales anarquizantes contra el sentimiento patrio y las disciplinas militares radica en motivos mucho más hondos que los que de ordinario se vislumbran en las disertaciones sobre el pacifismo y el antimilitarismo.

Su fundamental disidencia con el sentimiento patrio no consiste en las preeminencias que el civismo confiere al Estado. Ellos, por el contrario, en nombre del interés público piden en favor del Estado poderes de soberanía sobre los derechos individuales que los nacionalismos jamás llegaron á invocar. A la vez, la razón principal de sus protestas antimilitaristas tampoco arranca de los sacrificios personales que la disciplina militar exige, puesto que la disciplina del Estado socialista impone al ciu-

dadano sacrificios personales mucho más ásperos que los del servicio militar. Las aspiraciones y credos socialistas resultan en contradicción con los nacionalismos del sentimiento patrio y con la disciplina militar por conceptos mucho más transcendentales respecto á la vida social.

Lo que en primer término caracteriza al socialismo revolucionario moderno consiste en atribuirle al Estado derechos que jamás le reconoció la conciencia humana. El poder público, según este sectarismo, no sólo ha de poner en manos de quien lo desempeña la suprema autoridad sobre los servicios públicos y la administración del presupuesto y del patrimonio de la nación, sino también las fortunas privadas.

El Estado y la fuerza armada han de ser instrumentos de política social interna, mucho más que órganos de potencia de la personalidad internacional en las relaciones exteriores de la soberanía. El socialismo sustituye á las rivalidades de razas y naciones los odios de clase. En su sentir, las guerras de pueblo á pueblo no cambian más que las relaciones de potencia de las naciones entre sí, y dejan intactas las desigualdades sociales en la condición humana. Poco importa que el Estado vencedor altere el trazado de las fronteras nacionales, apropiándose parte del territorio del Estado vencido, si de uno y otro lado de esas fronteras la desigualdad social de las condiciones continúa inalterada y el proletariado continúa siendo el eterno vencido.

Para él la más grande é intolerable de las injusticias sociales es la desigualdad de condiciones. Así los enemigos naturales del proletariado no son los antagonismos extraños que viven más allá de las fronteras. Los verdaderos enemigos del menesterozo son los que viven junto á él y á sus expensas, como detentadores del suelo natal, acaparadores de la riqueza y explotadores del trabajo ajeno que no pagan á justo precio. En la convivencia nacional el proletariado padece agravios demasiado inmediatos, á toda hora de su existencia, para concentrar sus iras sobre agravios lejanos; y al mirar más allá de las fronteras nacionales, advierte el mismo cuadro de dolores é iniquidades que desarrolla

la misma lucha social entre una minoría de expoliadores y muchedumbre inmensa de expoliados.

Por todo este orden de consideraciones este socialismo viene á la conclusión de que las guerras internacionales se han de protestar como monstruosas abominaciones. Para él todas estas contiendas de ejércitos, aun las de más justificadas apariencias, se reducen á porfías por cosas vanas, que jamás compensan las tragedias horrendas que traen en su séquito y actúan en la evolución social como elemento retardatario del humanitarismo. .

A toda esta manera de apreciar las condiciones económicas de la producción y del trabajo en la sociedad contemporánea, como una organización fundamentalmente inicua, que lleva en sí fatídicamente la resultante de que se ahonde cada vez más el abismo que separa á las clases, y que los poseedores del capital se hagan cada vez más ricos, más dominadores y más oligárquicos, y los pobres cada vez más pobres, más numerosos y más miserables y oprimidos, el socialismo revolucionario añade los elementos pasionales de su psicología impulsiva y violenta. Aunque á virtud de la misma gravitación social de los fenómenos económicos la clase proletaria, en proporción á la mayor densidad que va tomando su masa, va llegando también á conciencia colectiva, cada vez más intensa y activa de sus potencias como muchedumbre, y puede confiar en que, por su progresiva influencia y participación en el poder público, puede, mediante trámites de evolución, alcanzar pacíficamente los desagravios de las reivindicaciones, el socialismo revolucionario se revuelve actualmente más iracundo é impaciente contra el largo plazo de la oposición dentro de la legalidad.

Advierte al proletariado que, para comprobar como suyas todas las potencias del mundo, no tiene más que recontarse en las grandes aglomeraciones urbanas, y, sobre todo, en las capitales, que, centralizando la acción de gobierno, representan el punto decisivo para ganar las revoluciones. Y puesto que la población agraria carece de cohesión é iniciativa y se limita á aceptar los hechos consumados, y que por su parte los burgueses, además

de ser menos que los proletarios, son más recogidos en sus casas en el día de la batalla, presumen que un asalto audaz por tales brechas ha de bastar para el triunfo de la revolución social.

Sin el ejército, esa brecha estaría ya ganada y á la revolución social le bastaría una hora de motín para tomar el alcázar del Estado. El ejército, interponiendo sus aceros, cierra el paso á tales asaltos y da lugar á que los agravios diseminados se concentren y á que el burgués se reponga del pánico. Además, como factor de fuerza orgánica, regida por disciplinas coordinadas con el derecho, hace posible que tan povorosos problemas sociales se aparten de encuentros en que no pueden ser tratados sino brutalmente, entre violencias y sangre, y busquen en el seno de los factores morales y jurídicos el mejoramiento positivo de las condiciones económicas del mayor número y la solidaridad humana entre pobres y ricos.

Sin la interposición bienhechora de estas disciplinas del ejército, las luchas entre patronos y obreros y las acometidas de las clases sociales entre sí, disputándose el pan y los goces de la vida, desarrollarían tan horrendas convulsiones en las naciones contemporáneas, que en parangón con ellas parecerían idilios las mismas anarquías y desamparos del poder público que siguieron á la caída del imperio romano.

Considerable parte del socialismo reconoce en las disciplinas militares esta saludable acción sedante y confían en que por ella se dará lugar á que las fuerzas enormes y formidables, tan vertiginosamente desarrolladas y contrapuestas en nuestro tiempo, vengan á equilibrarse en uno de esos estados armónicos por los cuales toda verdadera civilización resulta, en definitiva, una gran síntesis de fuerzas y elementos que parecían irreconciliables ó inadaptables.

Pero no es este el sentir de los más violentos en las huestes del socialismo. Ellos concentran, por el contrario, sus mayores iras contra el ejército, como símbolo y principal personificación de las patrias. Abominan del ejército, señalándolo como el más formidable deformador de la conciencia pública y el organismo

por el cual se sustituyen brutalmente vanas y sanguinarias porfías de ambiciones insanas entre razas y Estados, al planteamiento y desenlace de los problemas humanos más fundamentales que se ventilan dentro de las fronteras de cada nación. Esas disciplinas militares no significan para ellos sino procedimientos de inicua barbarie para llamar y esclavizar al hijo del pueblo bajo las banderas de sus opresores, aniquilando en su conciencia la solidaridad de sus orígenes proletarios, y que, envileciendo los sentimientos de su personal dignidad, le inculcan un falso sentido del honor, por el cual se impone como primordial deber la defensa de la mayor iniquidad social.

A tales iras, así reconcentradas en estos elementos epilépticos del socialismo más exaltado, responden todas sus consignas y programas revolucionarios. Su plan agresivo de campaña social se reduce á decretar huelgas violentas, sin otra finalidad que la de poner á prueba su disciplina, á las veces más férrea que militar. Promoviendo colisiones sangrientas entre la fuerza armada y el proletariado, procuran interponer el odio entre el ejército y el pueblo en circunstancias que hagan odiosa la obediencia hasta entre las filas del ejército mismo. Por este espíritu, derramado en la prensa, en el mitin, en las escuelas primarias, se difunden estrepitosas propagandas, inculcando como deber de ciudadanía el no acudir al llamamiento del servicio militar, y que el soldado deserte de las filas ó dispare contra sus jefes antes de dejarse llevar al campo de batalla. Es, en suma, el antimilitarismo de los que, al faltarles todo sentimiento patrio y sustituir el patriotismo con los odios de clase, no conciben en el ejército otra misión social que la de servir de instrumento para mantener brutalmente iniquidades [sociales].

En los Congresos internacionales del socialismo es donde se aprecian mejor las fundamentales diferenciaciones que hasta en el seno de esos mismos partidos ó escuelas se producen respecto á la manera de comprender y profesar las doctrinas y pasiones del antimilitarismo y del pacifismo. El Congreso internacional celebrado en Stuttgart el 23 de Agosto del corriente año ha sido

quizás el de mayores enseñanzas para evidenciar los contrastes irreductibles entre las doctrinas y pasiones antimilitaristas del socialismo de los países latinos y el de los socialistas alemanes. Los socialistas franceses han puesto grandes empeños en amañar las relaciones de lo ocurrido en este Congreso, en términos tales que el socialismo alemán se ha considerado en el deber de rectificar las conclusiones apócrifas. El último número de *El Correspondant* (10 de Agosto de 1907) publica sobre esto un artículo de extraordinario interés de información, cuyas páginas merecen muchas acotaciones. Por los textos que produce constituye una de las fuentes de mayor autoridad para la historia de este Congreso, en el que es de advertir que por prudencia impuesta por los alemanes desde la primera reunión no ha tenido publicidad de debates, ni taquígrafos, por lo menos oficiales, ni se ha admitido más público que el de los afiliados. Para dar cuenta por extenso de este artículo, fuera necesario mucho mayor espacio que el de que disponemos en esta sesión. Básteme apuntar sumariamente sus principales resultantes y leer alguna cita.

Acudieron á este Congreso los principales jefes del socialismo internacional.

Hervé, Guesde, Jaurés, representaban los matices del socialismo francés, y con él todas las principales características de los socialistas latinos. Concurrieron también las representaciones más significadas del socialismo militante en nuestra Patria. El objeto principal de la convocatoria era continuar y completar la obra de los anteriores Congresos en punto á fijar el programa de conducta común para impedir la guerra por todos los medios que fueran más eficaces.

Representaban al socialismo alemán Bebel, Legein, Volmar y lo más conspicuo del estado mayor de sus huestes.

Los socialistas de los pueblos latinos pregonaban sus procedimientos de provocar la huelga general en el momento de la movilización de las fuerzas militares al romper las hostilidades, y la consigna de deserción general ó de la resistencia pasiva, y hasta el emplear las armas contra los jefes. Actuaba como sustentador

principal de este programa Hervé, algo atenuado por la intervención de Jaurés, aunque éste no se atreviera á combatirle de frente; porque Hervé tiene por suya la principal masa, y sobre todo la inmensa mayoría de los maestros de escuela, que los franceses contemplan mucho por la influencia electoral que representan en los momentos actuales de la República.

Desde el primer momento quedó bien patente la escisión entre ambos campos socialistas respecto á los modos de sentir la patria.

Hervé llevaba al Congreso el compromiso de pugnar por el programa que había desarrollado en las reuniones preliminares de Nancy. Reiteraba la tesis de que todo eso de los nacionalismos es sólo artificio creado para la dominación de clases capitalistas; que la verdadera patria es la gran patria humana, y no la del servilismo de los apriscos encerrados en las fronteras de los respectivos Estados; que la protesta contra las abominaciones de la guerra arranca del fondo de toda conciencia humanitaria y justifica como legítimo el empleo de todos los medios proclamados en los programas antimilitaristas para la desaparición de ese espantoso azote, periódicamente desencanado por las ambiciones de los poderosos explotadores de las soberanías nacionales.

Enfrente de tales proposiciones se alzaron compactos los socialistas germánicos. Del recuento resultó bien patente que cada uno de esos dos socialismos vive un mundo distinto, y que los socialistas latinos, y especialmente los franceses, forman un tipo aparte de aquel otro socialismo que lleva las directivas mundiales superiores de las renovaciones sociales más trascendentes que se están desarrollando en la vida contemporánea.

Asumía allí la principal voz y representación de este socialismo el jefe actual de los socialistas germánicos. Hombre verdaderamente superior, con extraordinario sentido práctico de gobernante, director de muchedumbres, personaje que ya quisieran para sí, como hombre de Estado, no pocas naciones. Por la autoridad conquistada en cincuenta años de política, bien merece el título de *Kaiser Bebel* que familiarmente le aplican los suyos. En cuanto Hervé desplegó su programa, Bebel fulminó contra él protesta

de tonos enérgicos que no hubiera superado el mismo Kaisser. Sus primeros apostrofes fueron para establecer las fundamentales divisorias entre alemanes y franceses respecto al modo de sentir el socialismo. Todo su primer discurso es tremenda catilinaria notificando á Hervé que el partido socialista alemán no puede suscribir la moción presentada por los socialistas franceses. A la vez recriminaba airadamente á Jaurés por sus concesiones al herveísmo. «En mala hora, y bien á pesar nuestro, decía, figura en el orden del día de este Congreso la cuestión del antimilitarismo, sobradamente discutida ya». (*Verdad, verdad*, exclaman los congresistas alemanes.) «Hervé pretende, prosigue Bebel, que la patria no es patria más que para las clases directoras y no para los proletarios. Pero ¿es acaso que el Parlamento no es también una institución de clases directoras? ¿Y es que toda nuestra actividad no tiende también al mejoramiento de las instituciones económicas, políticas y sociales de la burguesía? Es en vano negar á la patria. Toda la civilización tiene su punto de partida en la lengua materna, y no puede desarrollarse sino en seno nacional. El instinto de todo pueblo sometido á dominación extraña, aunque deba grandes beneficios á sus dominadores, se levanta en masa para reconquistar su libertad patria y á ello subordina todas las demás aspiraciones. El pensamiento de Hervé es absurdo». (*No es un pensamiento*, prorrumpan á una los alemanes.) «El pensamiento de Hervé se reduce á presuponer que es indiferente para el proletariado que Alemania conquiste á Francia ó que Alemania sea conquistada por Francia. Si intentarais poner en práctica teorías semejantes, Hervé, vuestros propios conciudadanos os patearían». (*Verdad, verdad*, gritan los alemanes.) «Liebknecht y yo experimentamos sobradamente en 1870 lo que cuesta la mera abstención al votarse un empréstito de guerra. La distinción entre guerra ofensiva y guerra defensiva es de absoluta impertinencia en trance semejante para todo hombre político de alguna perspicacia; y en cuanto á la cuestión del antimilitarismo el más elemental sentido práctico se basta á advertir que es insensata. Por nuestra parte debemos declarar francamente que, aunque lo quisiéramos

de verdad, resultaríamos impotentes para poner en práctica lo que Hervé propone. Y vosotros, franceses, recogeríais hartos tristes escarmientos si en caso de guerra intentarais, como Hervé aconseja, recurrir al procedimiento de la huelga general, de la desertión ó de la insurrección». (*Grandes aplausos.*) «Si la agitación antimilitarista en Francia lograra algún éxito, comprometería gravísimamente la paz europea, pues los centros militares siguen este asunto con el mayor interés, y el ejército francés desorganizado atraería al enemigo con irresistible fuerza magnética».

Intervino después Vollmar, manteniendo los mismos tonos que Bebel. «No es verdad que internacionalismo sea sinónimo de antimilitarismo. No es verdad que no tengamos patria. El amor á la humanidad no podrá jamás impedirnos el ser buenos alemanes. No nos dejamos embaucar por utopías como la de que hemos de aspirar al acabamiento de las naciones en no sé qué papilla de pueblos».— «Pero ¿quién pretende tal cosa?»—interrumpe Jaurés.— «Compañero Jaurés, no estamos solos en este recinto; y en tanto tengáis á Hervé por uno de los vuestros, seréis solidario de él y no podréis sacudiros de semejante responsabilidad mediante un simple alzamiento de hombros. Nosotros consideramos los procedimientos antimilitaristas de la huelga general y de la insurrección, no sólo como improcedentes, sino como inadaptables también á los principios socialistas. La idea de acabar con la guerra por medio de la huelga general me parece tan estúpida como la de destruir súbitamente el capitalismo por ese mismo procedimiento».

El segundo discurso de Bebel fué aún más enérgico. Tras de reiterar sus imprecaciones contra el programa de Nancy, recriminando por igual á Hervé, como autor de la moción sobre el antimilitarismo, y á Jaurés, por haberle consentido que figurara en los temas de la orden del día, resumió la discusión con las palabras siguientes: «Ante una situación tan formidable y temerosa como la que ahora envuelve al mundo, resulta inconcebible ñoñería el procurar solventarla con discusiones sobre la huelga y la insurrección. Es la civilización misma la que está mudando fundamentalmente de aspecto á nuestra vista. Desde que existe

civilización ningún estremecimiento de espíritu y sentimiento ha agitado tan hondamente las masas como este de la moderna democracia social; ningún movimiento de los pueblos ha llenado tanto el ánimo de las muchedumbres con la conciencia moderna de su razón y de sus derechos. Continuemos procurando mantener visión clara de las realidades, esforcémonos en iluminar los cerebros, y de esta manera, cuando llegue la hora, encontrará la raza dispuesta para lo que haga falta.»

Después del Congreso, el socialismo francés mantuvo sus consignas internacionales de sistematizar é intensificar sobre mayores masas los procedimientos de la huelga general y de la resistencia pasiva ó de la insurrección, tal y como se habían iniciado en las filas del ejército francés con ocasión de lo de Fashoda y de la movilización del cuerpo expedicionario para Marruecos. El socialismo español ha quedado comprometido y vinculado en esta consigna. Jaurés la concretó en la siguiente fórmula para caso de guerra defensiva: «La Internacional os dice que el derecho y el deber de los proletarios consiste en no desperdiciar su energía al servicio de un gobierno criminal, sino en apropiarse el fusil con que gobiernos de aventura han armado al pueblo, y usarlo, no para disparar más allá de las fronteras contra obreros y proletarios, sino para derribar revolucionariamente al gobierno criminal».

En contraste con todo eso, Bebel, por el contrario, proclama en nombre de sus huestes lo siguiente: «Si algún día necesitamos defender á la patria, la defenderemos PORQUE ES LA PATRIA, porque necesitamos de ella y es nuestro suelo, nuestra lengua, nuestras costumbres, y aspiramos á tener patria en tal grado de perfección y de belleza que sea siempre la primera en la competencia de las naciones».

Huelga ampliar y comentar estas citas. Ellas de por sí se sobran para evidenciar el radical contraste entre esos dos socialismos. Pacifismo y antimilitarismo representan cosas y conductas completamente distintas para cada una de esas huestes socialistas. Los apostrofes de Bebel á los corifeos del socialismo francés, más que correcciones fraternas de correligionarios son ex-

plosiones de una conciencia en radical contradicción colectiva respecto á la manera de profesar el credo social democrático y el modo de sentir la patria. En Bebel alienta alto patriotismo, en clara visión de que no somos algo sino por la patria y dentro de ella, que nacemos debiéndola algo, y que cada día de nuestra existencia representa un aumento de esa deuda, que nuestro valer individual es bien poco por sí sólo y que el coeficiente social es el todo en esta valoración. Vislumbra también, aunque con intuiciones más confusas respecto á la disciplina militar, que las modernas organizaciones de la nación armada representan en definitiva, para el mantenimiento de la paz, un factor más eficiente y positivo que todas las teorías del pacifismo.

Lo que falla á su perspicacia y no repercute en sus estados de ánimo, es el sentimiento de la patria en su más sublime concepto místico; y en cuanto á la estima de las instituciones militares modernas, el sentido de su altísima influencia como elemento moral amparador, educador y vivificador de las grandes democracias europeas contemporáneas. No se da cuenta de la inmensa transcendencia de lo que significa la actuación de estos ingentes ejércitos modernos, embebidos en el pueblo mismo y formados en labor de compenetración íntima y de asimilación constante de cuantos elementos materiales y espirituales integran el inmenso torrente circulatorio de la vida de un gran cuerpo de nación. Tampoco su visión resulta hecha á la percepción mística de los grandes factores morales, invisibles por su misma naturaleza espiritual, pero que son los agentes tejedores de la red que envuelve individual y colectivamente á toda nuestra existencia, y en cuyo seno dilatadas series de generaciones conviven como sumergidas en océano de espiritualidad, identificadas en pensamientos y afectos, en términos que el cuerpo de lo que denominamos patria y nación no es en definitiva sino la proyección incompleta de una totalidad espiritual, fuente común de todos los fenómenos biológicos é intelectuales y de los impulsos seculares que llevan los pueblos á sus destinos.

.Las disciplinas militares representan una de las formas en que

méis vivamente se exteriorizan y relampaguean estas fuerzas misteriosas de la existencia nacional. El espíritu colectivo de los pueblos lo vislumbra clarísimamente en sus grandes instituciones. Por ello, en la psicología de las multitudes que presienten y comprenden las esencias de lo invisible ante la impresión de alguno de sus símbolos, nada sirve tanto como la vista del ejército ó de sus emblemas para que los pueblos experimenten el estremecimiento de las fuerzas misteriosas del Estado y se sientan en comunicación con el alma invisible de la patria.

Esta psicología y mentalidad de los sentimientos patrios respecto de las instituciones militares y de sus emblemas, no puede pedirse á los partidos y escuelas del socialismo contemporáneo. Su complexión afectiva y de espíritu, hecha á no considerar al mundo sino por los aspectos económicos de las relaciones entre el capital y el trabajo, y á tener sólo como real por sí, aquello que cae bajo los sentidos, resulta refractario, á sentir al paso del ejército el relampagueo de esas espiritualidades de la patria que en la conciencia colectiva de las naciones perciben los pueblos tan claramente junto á sí, aunque sin poderlas palpar y contemplar. Estas realidades que no pueden explicar las sienten como misterio indefinido é indefinible que, aunque no alcanzan á razonarlo, se enseñorea de ellos con más poderío que todas las razones. Pero resulta extraño á la vez y contradictorio de la propia complexión de espíritu de tales socialismos el que aparezcan igualmente entenebrecidos respecto á la estima de la misión social de las disciplinas militares de la nación armada en el seno de las democracias contemporáneas.

Tales disciplinas trascienden, con efecto, en la vida de las democracias, produciendo realidades tan palpables que entran por completo en la esfera más positiva para la experimentación. Y, como resultado de prueba experimental, cabe comprobación tangible de que en las grandes naciones contemporáneas, formadas por el proceso de los siglos sobre los solares del continente europeo, el ejército constituido por el servicio militar obligatorio es un producto de la democracia, á la vez que primordial garan-

tía para el mantenimiento de las instituciones del derecho público en ese régimen de soberanía nacional.

Entre las vicisitudes revolucionarias de la última centuria, ninguna comprobación social ha resultado tan patente como la de que el ejército nacional, formado por llamamiento de toda la ciudadanía á la prestación del servicio militar, representa en el seno de estas democracias, á la vez que la garantía primaria de la independencia patria, el organismo más eficaz para templar la raza en los sentimientos del honor y del deber, la principal escuela para nivelar todas las condiciones en las mismas disciplinas sociales y la institución unitaria más poderosa para nacionalizar á todas las clases en el mismo espíritu de ciudadanía, coordinar á todos los particularismos y someter igualitariamente las soberbias y egolatrías del capitalismo á los mismos deberes con respecto al culto cívico del honor y del desinterés.

Pero á pesar de tan soberanas enseñanzas, todavía, sin embargo, prevalecen entre el socialismo los prejuicios de considerar incompatible con la democracia el ejército así constituido sobre el servicio general obligatorio; y no pocos de entre esas huestes, con tal de substraerse al servicio de las armas llegan á la aberración de clamar por que estas democracias vuelvan al régimen de los ejércitos mercenarios.

Aunque la política internacional hiciera hoy posible que las naciones de nuestro continente resguardaran su independencia con ejército mercenario, tales instituciones militares podrían convivir con gobiernos personales de autocracia ó oligarquía, pero serían incompatibles con la naturaleza de las actuales democracias de nuestro continente.

Bajo formas de gobierno que entregan la soberanía y la administración del Estado á un hombre solo ó á un reducido número de hombres, la calidad de los gobernantes es lo más importante para la prosperidad ó la desventura pública. Pero bajo instituciones democráticas, para el valor social de las colectividades, lo que más importa es la calidad del ciudadano individualmente. La prosperidad ó la desventura pública depende en definitiva de la

calidad del ciudadano, ó sea del modo de cumplirse el deber cívico por el promedio de la ciudadanía. Así, la condición más esencial para las democracias, lo que determina su triunfo ó su fracaso, es la calidad del ciudadano, esto es, su manera de sentir el deber, su aptitud natural para descubrirlo y su firmeza para cumplirlo, no solo en los trances excepcionales, sino también en la normalidad cotidiana de la vida.

Las filas de los ejércitos mercenarios fueron con frecuencia admirables escuelas del honor militar y rindieron en gloriosas empresas hazañeras los más heroicos deberes profesionales de las armas. Pero el alma de la patria sólo operaba en ellos por virtud refleja de los gobernantes á quienes servían. Las modernas instituciones militares de la nación armada, embebiendo á los ejércitos en el mismo pueblo mediante el llamamiento del servicio de armas con carácter general y obligatorio, suman al honor y á la pericia profesional de las armas el espíritu cívico que alienta cada nación. Representan grandes escuelas de civismo democrático y forjan en el mejor temple la calidad del ciudadano. En sus filas puede reconocerse, quizás mejor que en los mismos comicios, la democracia de donde emanan. Viven del mismo fondo ideal de la ciudadanía que tanto para el que obedece como para el que manda necesita radicar en rectitud de conciencia servida por voluntad inflexible que no se rinde ante el esfuerzo ni se intimida ante el sacrificio.

Con otro régimen de instituciones militares, una clase selecta formada en el culto del honor y en la pericia profesional de las armas, puede ser suficiente para producir excelente instrumento de glorias guerreras. Pero en los ejércitos constituidos por los modernos llamamientos que incorporan á las filas á toda ciudadanía, sí son indispensables también las directivas y calidades de profesionales selectos, ellas por sí solas no bastan á la eficiencia del instrumento militar como no se acompañe de una alta valoración colectiva en la masa social. Por lo mismo que estos ejércitos se engendran en el seno de grandes democracias, su fuerza principal está basada sobre el valor moral del ciudadano en conciencia cívica que hermane al espíritu de los derechos individuales

con el de la abnegación y sacrificio para el cumplimiento del deber patriótico. Y porque actúa directamente con estas fuerzas del pueblo entero, su motor es también más poderoso que ningún otro; y por ello á la vez esas disciplinas militares son también más eficaces que cualesquiera otras para enaltecer la estima personal del que obedece templando y ennobleciendo en el cumplimiento cotidiano de los más humildes servicios aquellas cualidades de inteligencia y carácter que significa la calidad del ciudadano hermanada con el más alto sentido del deber social. Y en cuanto se quebranta la virtualidad de esta acción recíproca entre el espíritu de la ciudadanía y las disciplinas de sus instituciones militares, tales ejércitos quedan convertidos en chusmas, y sus democracias perecen.

Las actuales propagandas de antimilitaristas y pacifistas llevan fatídicamente en sí mismas semejantes desenlaces para los grandes cuerpos de nación constituidos sobre los solares del continente europeo, y que por los arrastres de la historia necesitan ahora á un tiempo vida de instituciones democráticas en el régimen interno de su soberanía y el amparo internacional de ejército reclutado con toda la masa de ciudadanía.

El día en que, bajo la acción deletérea de siniestras conjuraciones ó de proselitismos delirantes de antimilitaristas y pacifistas, se debiliten en alguna de estas democracias esas austeras y viriles virtudes de la ciudadanía, en términos que la prestación del servicio militar no se estime como un elemental y general deber de la ciudadanía, sino como imposición molesta y tiránica, ese pueblo resultará incapacitado ala vez para regirse con el derecho público de las democracias y para tener el amparo internacional de las instituciones militares modernas. Por la degradación de su ciudadanía tendrá que entregar el gobierno al autócrata ó á la oligarquía. Y si estos gobernantes envilecen al Estado, las jurisdicciones militares asumirán la preeminencia de imperio sobre las jurisdicciones civiles, imponiéndose con fuero pretoriano, á título de poder reparador y único capaz de mantener las disciplinas indispensables á la asociación humana, y de

asegurar al desenvolvimiento económico los amparos de orden y de justicia, sin los cuales los pueblos no pueden vivir.

Un sentimiento muy enérgico de la patria es condición mucho más vital para las democracias que para cualquier otro régimen de soberanía. El antimilitarismo de los que no sienten la patria ó pretenden sustituirla con las teorías humanitarias del pacifismo, conduce á las democracias al envilecimiento de ser borradas del concierto de naciones como indignas de llevar títulos de soberanía en derecho de gentes. El Estado, la Nación, la vida social entera, no subsisten sino por concierto de voluntades aunadas y coordinadas, bien sea en virtud de la espontánea sumisión de la conciencia del deber traducido en actos, ó bien por las disciplinas coercitivas que imponen restricción y represión de cuanto tienda al daño ó destrucción de la vida colectiva.

La condición más vital para el gobierno democrático radica en que en el valor medio de su ciudadanía prevalezca la calidad de conciencia cívica, traduciendo espontáneamente el deber patrio en actos nacionales. Sin este resorte esencial las repúblicas democráticas desaparecen; y si, además, sus ciudadanías se muestran también indómitas ante las disciplinas coercitivas del poder público, resultan á la vez naciones incapaces para rendir en el régimen interior de su gobernación las más elementales seguridades de orden y justicia, y para actuar con personalidad propia aportando concurso de fuerzas en el equilibrio internacional de las potencias.

Hago aquí punto final, omitiendo tratar otros aspectos de este tema, pues advierto que, sin darme cuenta de ello, amplié estas consideraciones mucho más de lo que me proponía. No debo terminar, sin embargo, sin hacer una sumarísima indicación acerca del pacifismo que los antimilitaristas usan ahora á modo de escudero.

El uso y abuso que el paisanismo antimilitarista hace de la palabra pacifismo, obliga á tomarla muy á beneficio de inventario. La paz es, por lo general, un bien en sí; pero no es nunca el mayor de los bienes sino cuando deja á salvo lo que más dignifica

nuestra vida. Por ello, el pacifismo se convierte en cosa verdaderamente mala cuando sólo sirve de máscara á la cobardía y representa envilecimientos para las naciones. Para el hombre á solas, lo mismo que para las colectividades, la vida es un bien, pero no es el bien supremo; y así como en las relaciones de hombre á hombre tenemos por indigno al que á cambio de no arriesgar su existencia se someta á toda infamia, en las relaciones internacionales representa gran envilecimiento el sacrificar indignamente á la paz los bienes supremos por los cuales la vida nacional merece vivirse. La guerra, conservando las virtudes viriles del sentimiento patrio, vale más que vivir la paz á expensas de la degradación.

El pacifismo no puede tomarse en consideración sino cuando se presente hermanado con los respetos debidos en derecho de gentes á la justicia y dignidad entre naciones. Es doctrina dignificadora si se encamina á procurar que nuestra vida vaya encaminada á un más elevado concepto de la equidad internacional, inspirando de pueblo á pueblo un más ampüo espíritu de fraternal buena voluntad de nación á nación. Pero si preconizan la supresión de la guerra y que todo se subordine á la paz para satisfacción de mercantilismos pusilánimes ó de deificación de utópicos sentimentalismos humanitarios, las patrias no se resignarán jamás á dejarse sacrificar en semejantes altares.

El desarme es el peor de los remedios pacifistas. Un formidable armamento en los días de la paz es la mejor prenda para política pacifista. Ejércitos de nación armada, como el del imperio alemán, que puestos en pie de guerra representan dispendio diario de más de cuarenta millones, aseguran más positivamente la paz que todas las propagandas del pacifismo. Esos armamentos de la moderna política de paz formidable evidencian sobradamente que en toda gran potencia es instintivo el tener por entendido que la seguridad en la paz vale más que la paz sin la seguridad. Nunca se vincularon tan estrechamente las soberanías al mantenimiento de la paz como lo resultan ahora en los grandes imperios modernos las jefaturas de Estado, bajo la presión de las

responsabilidades inmensas de todo lo que representa una iniciativa de agresión con el instrumento militar y social formado por llamamiento de la nación entera. Cuanto mayor sea la potencia de la prerrogativa entregada en tal condición al gobernante, mayor es la seguridad de su política pacifista. En cambio, los gobernantes depositarios de un poder público débil, apocado ó desconcertado y poco dueño de sí mismo, lejos de representar garantías de paz, propenden á actuar como provocadores de la guerra, ya sea por propia intimación ante los factores de la política interna, ó por la atracción magnética que una nación en impotencia ejerce sobre las fauces de vecinos poderosos. Las dos páginas lapidarias que á guisa de preámbulo puso Moltke al frente de su volumen, compendiando las *Memorias* de la guerra de 1870, encierran sobre esto más substanciosas acotaciones de la realidad que todas las filosofías políticas de la paz y de la guerra discurridas por el pacifismo.

Pero esas sentencias lapidarias del insigne hombre de guerra resultan páginas frías ante las imprecaciones de Roosevelt contra las modernas tesis de pacifistas y antimilitaristas. Tales apostrofes, lanzados por un hombre de Estado desde las alturas presidenciales de la mayor democracia que ha conocido la historia, llevan además el incomparable realce de las aclamaciones de entusiasmo delirante con que en el seno de aquella inmensa ciudadanía los acogen los mismos socialistas. Aquel socialismo, en la más alta tensión de protesta contra la plutocracia, alienta otro espíritu y vive otro ambiente que el socialismo revolucionario de nuestros pueblos latinos.

La defensa del más enérgico sentimiento patrio y los anatemas contra el intento de sacrificar á la patria ante las deificaciones del humanitarismo, constituyen en Roosevelt un verdadero apostolado y la característica culminante de su gobierno. Esa nota resuena como tema principal y constante de sus discursos presidenciales, así en Washington y en sus viajes por los Estados del Extremo Oeste, como á bordo de los acorazados. Con frecuencia sus palabras toman el acento de tirones de los profetas bíblicos

al recordar que las naciones que no se funden con el bronce del patriotismo serán deshechas, como se rompe el vaso de barro para que no pueda restaurarse. La recopilación de esos discursos en los dos sugestivos volúmenes que llevan por título *El ideal americano* y *La vida intensa*, encierra inapreciables enseñanzas sobre estos asuntos del pacifismo y del antimilitarismo.

Algunas citas de las ideas cardinales, espigadas en esos dos preciosos volúmenes, serán el mejor resumen sintético para esta controversia. Terminaré, pues, dando lectura á sus acotaciones:

«El siglo que empieza parece predestinado á ser para las naciones era de triunfos y enaltecimientos sin precedentes, ó de las más tremendas humillaciones; porque los pueblos y la humanidad resultan ahora más entrelazados que nunca para el bien ó para la desventura.

«Pero en la confraternidad de las naciones, la más útil y digna será siempre la que esté más saturada de su nacionalismo.

»El acto supremo de un pueblo es el de transubstanciar su nacionalidad en una inmortalidad viva y tangible, incorporando en ella su mayor grandeza con fe ardiente y resolución inquebrantable de eterna duración en la historia.

»Eso de que los pueblos felices son los que no tienen historia, es vil mentira. ¡Feliz cien veces la nación que alcanza historia gloriosa! Es infinitamente preferible intentar cosas grandes y conseguir laureles, aun á costa de parciales adversidades, que confundirse con los miserables que, por apocamiento de espíritu, no conocen ni grandes dolores, ni grandes alegrías, viviendo en la penumbra, donde no existen victorias ni derrotas.

»Una vida apacible, cómoda, colmada de aquella tranquilidad que proviene lo mismo de la ausencia de deseos que de la falta de capacidad para aspirar á la consecución de cosas grandes, es aún más indigna de una nación que de un individuo. El hombre pusilánime y pacífico, por timidez ó cobardía, no tiene valor alguno. Tan sólo merece estima el que personifica un esfuerzo noble. Es duro no vencer, pero es mucho peor no intentarlo siquiera. Nada se obtiene en esta vida sin esfuerzo. Yo pido solamente que se

exija de la nación americana, en su conjunto, lo que cada americano que se respeta exige de sí mismo y de sus hijos.

«Ocurre con las naciones lo mismo que con los individuos. En definitiva el Estado moralmente sano se distingue por el fondo ideal de la ciudadanía, y del gobernante por la calidad de su conciencia, para sentir y descubrir el deber y la firmeza de su carácter, para cumplirlo con inflexibilidad que no se rinde ante el esfuerzo, ni se intimida ante el sacrificio.

»Es gran maldición el tener educadores olvidados de que la educación debe intensificar el patriotismo y que la ciudadanía que mejor cumple con su deber es aquella que siente con más vigor las afirmaciones de su propio nacionalismo. Eso de amar á la humanidad, está bien; pero se debe entender siempre, sobre todo en la vida colectiva, que el amor es preferencia, por lo que amar á todo el mundo es no amar á nadie; y el ciudadano amador de todas las naciones como á la suya propia, sería todavía más peligroso sujeto para su patria que el hombre que en la vida privada amara á todas las mujeres como á la suya.

»La nación sin las virilidades del espíritu militar está predestinada á servidumbre de otras más enérgicas. La guerra es un mal, pero no es el peor de los males, así como la vida es un bien, pero no el bien supremo. Ejército y Marina constituyen en la edad contemporánea la armadura indispensable para toda nación que quiera ser respetada en el cumplimiento de su derecho y de sus deberes en medio de las demás naciones. El desarme es el peor de los remedios pacifistas. La cobardía no es base para seguridad de paz, sino más bien un incitante provocador de la guerra. La estúpida apología de la paz á toda costa, es síntoma de la mayor vileza en cobardía colectiva.

*Si en 1861 los hombres amantes de la Unión Americana hubiesen seguido el consejo de los reptiles pacifistas, y mantenido la paz á toda costa, rehuyendo los combates y las guerras como el peor de todos los males, habríamos salvado ciertamente centenares de miles de vidas humanas, habríamos economizado sin duda alguna muchísimos millones, habríamos librado de la angustia el

corazón de muchas mujeres, habríamos evitado el desamparo de mil y mil familias y hasta habríamos ahorrado al país aquellos meses de desaliento y vergüenza en que nuestros ejércitos sólo parecían saber marchar á la derrota. Sí; todos estos sufrimientos habrían podido evitarse rehuyendo la lucha; pero en tal caso hubiéramos dado pruebas de ser débiles é indignos de ocupar un puesto entre las grandes naciones de la tierra. Demos gracias á Dios por el hierro que puso en la sangre de nuestros padres.

«Nosotros, hijos de aquellos hombres, que se mostraron dignos de los grandes días en que vivieron en el mundo; nosotros, hijos de aquellos hombres, que guerrearon y terminaron triunfalmente la gran guerra, debemos dar gracias al Dios de nuestros padres por haber sido rechazados los innobles consejos de paz que se les daban y por la impavidez con que soportaron la derrota, el sufrimiento, la desesperación y los años de lucha, y á que, á la postre, el esclavo fué libre, la Unión se restauró, y la poderosa República americana recuperó su puesto de honor como reina no coronada entre las grandes naciones de la historia.

«Ganarse la vida significa ser capaz de trabajo; pero el ser un animal cazador del dollar no constituye el fin más alto de la existencia humana, y mucho menos en colectividad nacional. La riqueza reducida á sí misma, la riqueza sin correctivos ni contrapesos del orden moral, es escuela de capitulaciones con los envilecimientos máximos de la cobardía. Los pueblos enriquecidos y débiles tienen asegurado destino de ser víctimas de despojo.

«Nosotros, hombres de esta generación, no podemos, aunque lo quisiéramos, vivir á modo del imperio chino, contentándonos en conservar en putrefacción lenta ignominioso bienestar dentro de nuestras fronteras, sin interesarnos en nada de lo que pase fuera, hasta que de pronto recibamos la sorpresa, como le ha acontecido á China, de comprobar que en este mundo la nación que se ha adaptado á una molición de aislamiento inguerrero está predestinada en fin de cuentas á ser despedazada por otras naciones que no han perdido las cualidades viriles.»

Omito añadir acotaciones espigadas del memorable discurso-

desarrollado sobre invocación de las palabras de Washington, advirtiéndole que «nada asegura tanto la paz como el estar apercebido para la guerra». Esta arenga vehemente en demanda de armamentos navales es tan de una pieza, que no admite citas fragmentadas.

Para contraste de los pensamientos que quedan apuntados, con- vendrá dar muestra de algunos otros de la *Recapitulación de pensamientos antimilitaristas*, advirtiéndole que los recogemos textualmente de cartillas destinadas por estos elementos, á modo de catecismo, para sus escuelas primarias:

i. «Cuando pienso en todos los males que he visto y que he sufrido, procedentes de los odios nacionales, me digo que todo reposa sobre una grosera mentira: la Patria».

2. «Lo que constituye la Patria no son las circunscripciones territoriales, ni los ciudadanos que las habitan, no; son los déspotas que las explotan».

3. «No os enfadéis por una bandera, que no es más que tres metros de algodón puestos en la punta de un palo».

4. «Libraos de tocar ese fusil como si fuera de hierro candente. Por esa negación se os tratará de rebeldes, de cobardes, de faltos de sentimientos. ¿Y qué? No toquéis el fusil. Se os mostrará al enemigo invadiendo la Patria. ¡Que la invada! Se os mostrará derribando el trono ó el sillón presidencial. ¿Qué os importan esos trastos? ¿No sabéis que no hay Patria donde se limita ó se niega la ración de pan?»

5. «No es ya cuestión de saber si vale más ser soldado tres ó cinco años, ni si todo el mundo ha de ser soldado; lo que ha de saberse es si se ha de ser soldado y si eso que se llama Patria es una leyenda, un error, un engaño, como tantas otras cosas».

6. «Los hombres que no tienen compasión de los otros —jefes militares, ministros, verdugos,— han pasado su vida esforzándose en despojarse de todo sentimiento humano: si no hubiesen logrado su objeto se hubieran detenido á la mitad del camino».

7. «Si los pueblos comprendiesen bien esto; si ellos mismos hicieran justicia á los poderes mortíferos; si se negasen á dejarse

matar sin razón; si se sirviesen de sus armas contra los que se las han dado para matar, aquel día moriría la guerra».

8. «El asesinato ha sido en todo tiempo apreciado en las sociedades humanas como una gran acción, subsistiendo aun en nuestras instituciones huellas de aquel antiguo aprecio».

9. «¿Dónde se ven esas huellas? Entre otras cosas hállanse los honores otorgados á les militares».

Sesión del martes 26 de Noyiembre fie 1907,

El Sr. Salvá: Sres. Académicos: Aunque realmente, como afirmaba el Sr. Sánchez de Toca, estemos conformes en el fondo de la cuestión, y no haya nadie que crea perjudicial ó inútil la existencia de los ejércitos permanentes, entiendo que aquélla presenta tales gradaciones y matices, que puede dilucidarse en diversas esferas y á través de prismas también distintos.

He de decir con llaneza que el parecer de los Sres. Piernas y Sánchez Román tiene cierta realidad objetiva, bajo el punto de vista científico. Por mi parte, no hay diferencia en lo que atañe al fondo con los Sres. Sanz y Escartín y Sánchez de Toca.

Los Sres. Piernas y Sánchez Román decían que el asunto no podía pasar sin controversia.

Desde tiempos muy antiguos han existido políticos ó escritores que se han mostrado enemigos de la guerra.

Refiere Tito Livio que, después de la batalla de Cannas, Aníbal envió á su hermano Magón á Cartago, quien se presentó al Senado, con los anillos de los caballeros romanos muertos en aquella, y que aprovecharon la ocasión para tratarle con desdén. Hannón dijo que amaba más una paz segura y dichosa que una guerra llena de desgracias.

Al ver que los vencedores le piden tropas y dinero, exclama: ¿qué más demandarían si fuesen vencidos?

Tíbulo, en su famosa elegía contra la guerra, dice:

«Quis fuit horrendos primus qui protulit enses?
Quámferus, et veré ferreus illet fuit!»

Asimismo la Iglesia es opuesta á las luchas armadas, y por lo menos intentó limitarlas, en gran manera, con la tregua de Dios. Más tarde notamos que hay en Italia, como en ciertas ciudades de España, enemistad manifiesta ante esa situación anormal de las naciones.

De notar es, para mí por lo menos, por lo que diré después.

También Virgilio y Horacio se muestran adversarios de la guerra; el primero se queja de su heredad cedida á los soldados, y en su dolor declara que Mantua era demasiado vecina de Cremona; y el segundo retrata á aquellos colonos expulsados de sus campos, y que emigraban llevando en sus brazos sus hijos andrajosos.

Que un historiador español de las guerras de Flandes, el capitán Alonso Vázquez, afirmaba que la victoria definitiva tenía que ser de los flamencos; porque el príncipe, que es señor de la mar, acaba por serlo de la tierra, y el que lo es sólo de la tierra no gana la mar y pierde la tierra. Estas reflexiones son de un profundo político, y profecía que se ha cumplido, de lo que ha sido prueba Napoleón I.

En un notable discurso de apertura de su curso de Economía política, Miguel Chevalier habla de lo que aconteció en los siglos XVI y XVII, en medio de los trastornos de la hacienda francesa: «y ¿qué hacía—pregunta,—entre tanto, la Economía política?»

Después de referirse á Tomás Moro y á Vauban, añade: «ya era la pintura de la pacífica Salento, hecha al nieto de un rey harto belicoso por la suave elocuencia de Fenelón».

En las centurias XVII y XVIII advertimos que la Francia se siente con profundo malestar por aquellas continuadas luchas del período de Luis XIII y de Luis XIV.

En el siglo XVIII, Bernardino de Saint Pierre retrató con gran talento los encantos de la paz, que debía ser perpetua.

A principios del siglo XIX, y aunque parezca extraño que Napoleón I se mostrase enemigo de la guerra, según Thiers, aconteció que al pasar revista á sus tropas al día siguiente de la bata-

lia de Eylau y ver que sus blancos uniformes estaban manchados de sangre, se conmovió y dijo: «Horrible espectáculo, propio para hacer volver los ojos hacia los beneficios de la paz».

Poco antes Federico II había escrito en el *Ante-Maquiavelo* que no debía permitirse ninguna guerra que no fuese para conservar el pueblo, para defender sus derechos, para mantener su independencia ó para luchar contra la opresión y la tiranía. Ciertamente que no cumplió el famoso Rey estos propósitos, porque él fué el alma principal de la división de la Polonia, y se burlaba de María Teresa de Austria diciendo: «esa mujer que siempre llora y siempre toma».

Es cierto que la Revolución francesa favorece las ideas de paz y de concordia, cosa singular cuando iban á ocurrir sucesos que supusieron veinticinco años de lucha.

Quintana, en su oda *Al Mar*, en 1798, escribió estos magníficos versos:

Ondas feroces,
Sed justas una vez; ya que la tierra
Muda consiente que la hueste impía
De Marte asolador breme en su seno,
Vosotras algún día
Vengadla sin piedad: esas crueles,
Esas soberbias naos
Que, preñadas de escándalo y rencores,
Turban vuestro cristal con sus furores,
Del cielo y vientos contrastar se vean,
Y en ciego torbellino
Todas á un tiempo devoradas sean.
Tal vez así de la discordia el fuego
No osará profanar el Océano,
Tal vez el orbe dormirá en sosiego.

Su contemporáneo D. Manuel María de Arjona, en su composición *A la diosa del bosque*, incluyó la siguiente estrofa:

|Oh imagen perfectísima del orden
Que liga en lazos fáciles el mundo;
Sólo en los brazos de la paz fecundo,
Sólo amable en la paz!

La guerra, sin embargo, ha tenido grandes é ilustres defensores, y ha sido enaltecida por varones célebres. Espinosa defiende la teoría de Hobbes, y añade la abominable máxima de que las naciones no deben observar los tratados sino mientras dura el peligro ó no se cumple el fin por que fueron suscritos. El Conde de Maistre, partiendo de la idea de la expiación, considera la guerra como una gran ley del mundo espiritual, y en las *Veladas de San Petersburgo* enaltece con elocuencia al soldado y al verdugo. Hegel considera la lucha armada como un medio de conservar la salud moral de un pueblo, como el viento preserva al mar de que llegue á convertirse en una laguna, y habla de una renovación social haciendo figurar el sable de los húsares.

Mas todo esto no es más que el dictamen de algunos autores: porque hay otros muchos que condenan la guerra ó la limitan grandemente y la sujetan á condiciones determinadas. Platón no admite como legítima más que la guerra defensiva, y recomienda que se haga con humanidad. Aristóteles enseña que la fuerza se subordine á las leyes de la razón y de la justicia, y declara que no existen conquistas legítimas, si no tienen por origen la propia defensa y si no producen comunes ventajas al vencedor y al vencido. La Escuela Estoica se muestra todavía más digna de aplauso; Zenón y sus discípulos, considerando la tierra como una sola ciudad, y la humanidad como una sola familia, han condenado la guerra y la esclavitud. Cicerón afirma que las relaciones entre los pueblos deben ser reguladas por las leyes eternas, que presiden al género humano, y por la justicia.

Grocio, siguiendo como máxima capital el derecho romano, y señaladamente el derecho natural, diga lo que quiera Doidato Liroy, de tal suerte ha señalado el cauce por que viene la corriente, que dice Vico que es el jurisconsulto del género humano.

La guerra se ha pretendido en nuestros días que constituye una gran desgracia, é indudablemente que era el origen de graves males y que causaba en verdad un importante detrimento y merma á la población, por más que este no fuese el dictamen de Malthus.

La Esonomía política sustentó un día que las relaciones del comercio sin trabas, que su libertad, eran una causa poderosa de que los hombres se uniesen y amasen, porque si se habían odiado era porque no se conocían y porque juzgaban que sus intereses eran opuestos; y probando que éstos eran todos legítimos, como enseñaba Bastiat, ó que todos podían coexistir, la paz podría reinar y la guerra sería considerada como una lucha civil, ha dicho Miguel Chevalier. A lo que se contestó con desdén que las naciones no están en esa situación de paz y de armonía que se pretende, que los pueblos no se aman, ni los Gobiernos intentan darse la mano, sino que tienen intereses contrarios, míranse con recelo y disgusto, pretenden conquistar tal vez el mismo dominio que á los otros pertenece, y por eso aquella aspiración es un sueño. Ciertamente que la Economía política se engañaba, si es que los autores que tales ideas defienden imaginaban que aquellos propósitos iban á cumplirse en breve tiempo; porque bien pronto al Tratado de comercio de 1860 entre Francia é Inglaterra, y otros que imitaron lo suscrito por Chevalier y Cobden, sucedieron acontecimientos dolorosos y apareció otra vez el proteccionismo. Pero en esto ha habido progresos bajo el punto de vista intelectual, algo que puede lisonjear á los economistas; y es, como saben los Sres. Académicos, que son hombres de Estado, el respeto á las doctrinas de la Economía política, que se nota en el preámbulo de la proposición del Ministro de Negocios extranjeros de Rusia, para celebrar un Congreso, porque se extiende en la consideración de que los ejércitos permanentes producen en primer término gastos considerables, y además no puede haberla cantidad de trabajo ni la producción que fuera menester, por los muchos hombres que forman parte de aquellos ejércitos, y por eso aquel Ministro propone el desarme universal.

Sabido es lo que aconteció con la importante reunión celebrada en Ginebra. Hay además otro hecho: que uno de los Ministros del actual Gabinete inglés también ha pretendido indicar algo de este desarme ó minoración de los armamentos; y para mí esta no es una nueva teoría, sino cuestión de práctica política, en

vista de que la guerra del Transvaal ha costado más de 5.000 millones de francos; y si en una lucha pequeña, por más que en ella no quedara con mucho honor la Gran Bretaña, fué menester gastar tal cantidad, ¿qué acontecería en una verdadera lucha europea? ¿Cuál sería, después de ella, el estado de la Hacienda inglesa? Todo esto no quiere decir, Sres. Académicos, que yo sueñe, ni mucho menos, con que pronto aparezca una paz duradera ó una concordia dilatada entre los pueblos del mundo. Thiers fué el inventor de las famosas palabras *la paz armada*, que significa algo desconsolador.

En el siglo XIX es cuando menos guerras se han verificado, si bien sus consecuencias han sido importantes.

Además de las guerras del Consulado y la de Holanda, del Imperio, Crimea, Dinamarca, franco-prusiana, Prusia con los Ducados, etc., han sido de mucha menos duración que las que antes se refieren, como la de treinta años de Alemania, narrada con tanta maestría por Schiller. De suerte que lo que más bien ha habido han sido grandes ejércitos y armadas dispuestas para la lucha, lo que supone el gasto de miles de millones y centenares de miles de hombres perdidos para la industria, constituyendo un mal gravísimo; porque imaginen los Sres. Académicos qué revoluciones pacíficas no podrían hacerse si esos soldados se destinasen todos los años á empresas apartadas de las luchas. ¡Qué provechosas serían las consecuencias!

Pero esto no es posible desde que una nación entiende que otra le puede hacer la guerra, por lo que tiene que estar preparada para la lucha, pues, como decía el Sr. Colmeiro, los ejércitos permanentes han llevado á la paz todo el aparato de la guerra.

En este sentido me parece que Wagner tiene razón; en todo linaje de administración de servicios públicos, de empleo de los impuestos, podrá estar una nación de acuerdo con sus fuerzas contributivas, pero en cuanto al Ejército y á la Armada no. ¿Por qué? Porque no hay más remedio que organizar las tropas necesarias para contraponer á la de las demás naciones. Sólo el miedo á la guerra basta para que se constituyan los grandes ejércitos

que existen. Y aquí recojo un cabo que he dejado suelto, y vuelvo á hablar de Alonso Vázquez y á manifestar el fondo del pensamiento de Quintana.

Indudablemente, el dueño del mar lo es de la tierra. ¿Por qué no ha habido grandes luchas en los últimos tiempos? Por la importancia de la escuadra inglesa, á la que no igualan las de otras potencias unidas, y así no se puede pelear con Inglaterra; porque aunque fuera dable intentarlo en el Continente, ¿qué sería del comercio, de las colonias y de la producción? Y aquí aparece el pensamiento de Alonso Vázquez, de que el dueño del mar es el soberano de la tierra. Se me objetará con el caso de los romanos; pero es que éstos pelearon también en el mar con gran energía, y en todo tuvieron una superioridad de que no puede dudarse; de modo que no es sino una excepción que no se verificó antes de la invasión de Xerxes, porque el Consejo de Themístocles — según lo que le dijo la Pitonisa— fué que se luchase en las casas de madera, y Xerxes fué vencido. ¿Qué aconteció á los turcos, tan temidos un día, á aquellos turcos que esparcieron por todas partes el terror, que se acercaron á Viena y hubieran puesto en peligro á Europa? Pues que fueron vencidos en el mar en la batalla de Lepanto, por el genio de aquel Almirante, de veintisiete años, Don Juan de Austria.

El pensamiento de Quintana es porque la guerra perdería su elemento más grande y poderoso perdiendo el Océano.

Pero, al propio tiempo, ¡quién lo había de decir!, esta civilización, de que estamos orgullosos, necesita poderosos ejércitos, no sólo para la guerra exterior, sino para la interior ó civil. Yo no sé si habrá habido un período de mayor discordia que éste. Ha existido un orador que ha confesado que en ningún período los Ministros habían tenido en Francia tantos motivos de inquietud; y si esto se escribía durante el reinado de Luis Felipe I, ¿qué se diría ahora? Porque hoy vemos que los partidos opuestos al que ocupa el poder intentan derrocarlo, negando su legitimidad y oponiéndose á sus miras políticas, y, en el libro, como en el folleto, como en la prensa, la guerra parece ser de un Estado contra

otro, de una familia contra otra. Sin los grandes ejércitos permanentes, ¿qué sería de nosotros? Vendría la anarquía, desaparecería esta sociedad, ó se daría el espectáculo de enconadas discordias. Es preciso que se imponga el público poder, por la fuerza de las armas, por la alteza de sus miras y por la justificación de sus propósitos. De suerte que podemos decir que nuestra civilización se apoya en las bayonetas; y no se pretenda que es perdido el conjunto de los bienes que destinamos al pago del Ejército y de la Armada: nada menos que eso; porque existe una parte de la economía nacional que ha de ser garantía de la existencia de la producción. En una sociedad como la de Arcadía, tal cosa no sería menester, pero desde que hay quien intenta apoderarse del Gobierno y de la Administración pública, es preciso que hallemos quien conserve esa independencia y ese orden de que habla Aristóteles, y todo lo que en ello se consuma forma parte de la producción. Y la demostración es sencilla. Hay una porción de capitales, según unos; según otros un linaje de trabajos que se requieren para que la producción sea posible. Escribió un día J. B. Say que el soldado era un trabajador improductivo, y ojalá que no fuese muchas veces destructivo. Aunque esto escandalizó, se dijo después que si preguntáramos á un hombre entendido en los negocios cómo se había de reputar el salario de los guardas de un monte y el trabajo que realizan, no nos diría que ni una ni otra cosa eran improductivas, sino que equipararía al que pudieran verificar los obreros de una fábrica, y tendría razón.

Luego, como se ve, todo lo que sea un ataque ó vehemente impugnación del Ejército y de la Marina, todo lo que sea creer que se puede transformar la sociedad pacíficamente, son sueños, conclusión en la cual coincido con los Sres. Sanz y Escartín y Sánchez de Toca.

Y nada más.

Sesión leí martes 10 fle Diciembre fle 1901.

El Sr. Marqués del Vadillo: Aunque no he traído las notas que tomé durante la discusión, sí recuerdo que, tanto el señor Sánchez de Toca—á quien principalmente habré de referirme,— como el autor del tema, trataron de varios de sus aspectos, de su razón de ser, de por qué venía á discutirse esta llamada tendencia antimilitarista, á la cual tomaron el pulso, fijándose principalmente en las orientaciones que ofrecían dos nacionalidades como Francia y Alemania, á propósito de lo que había ocurrido en el último Congreso internacional socialista.

Al oír esto, y al oír también enlazar la razón de este tema con los acontecimientos políticos de determinados pueblos, entendí que el sentido contrario á la milicia podía responder á desengaños históricos, á grandes pesadumbres nacionales, á las ingratitudes que se manifiestan á veces en las colectividades, y decía: este podrá ser uno de sus aspectos; pero creyendo que, en el fondo, la corriente antimilitarista no es más que una de tantas manifestaciones del principio anarquista, es decir, del principio contrario al orden social actual, uno de los medios de acción para combatir el principio de autoridad y todo lo que sea orden social. En tal sentido lo traté, porque á propósito de la milicia, se pueden estudiar muchas cosas. Examinarla como institución de un pueblo es interesantísimo, y no concibo que se le pueda negar alcance. Otro sentido, que ha podido ser expresión de corrientes políticas, es la preponderancia de la acción militar en la gobernación del Estado; el predominio de la clase militar, que en el orden histórico tiene una razón de ser indudable. Cabe todavía estudiar el antimilitarismo que frente á él existe, en el sentido de la organización militar como elemento de garantía para la paz y como medio de defensa para la guerra. Puede también hacerse un estudio histórico de lo que han sido los ejércitos; y todas estas son cuestiones, repito, importantes, si bien no creo que ninguna de ellas

esté comprendida en el tema; y como algunas han sido ya esbozadas, la primera observación que he de hacer es exponer esta duda mía, pues creo que todos estos aspectos que caben dentro del concepto general de la milicia no caben en rigor dentro del tema, que está circunscrito á uno de los que yo considero aspectos del anarquismo, de esa secta antisocial, de que aquí se ha tratado, pero que por la especialidad de sus manifestaciones ha llamado la atención pública, por lo cual, quizá, se ha hecho de ello un tema especial del debate.

Yo examinaba así la cuestión: ¿qué es lo que significa el antimilitarismo? ¿Odio á la clase militar?

Entiendo que es la expresión, que para unos ha sido un ideal y á mí me ha parecido un concepto erróneo y utópico, el de la posibilidad de llegar á que no sea necesaria la institución armada en los pueblos. En suma, limitando más el tema: que aquello que los autores de Derecho y de Filosofía del Derecho especialmente tratan, acerca de la nota coactiva de aquél, la fuerza como medio de hacer eficaz el Derecho, y aun como distinción esencial entre la relación moral y la jurídica, la necesidad ó no necesidad de esta nota coactiva, la posibilidad de que siendo nota histórica llegue á desaparecer, todo esto es lo que en el fondo envuelve la cuestión, entendida como yo la entiendo, lo cual tampoco obsta á que pueda considerarse por muchos, aun de los que participan de estas opiniones, y usarse en el orden positivo y práctico como lucha contra el elemento militar y como medio de hacer más inmediato el cambio de la actual organización, por lo que trabajan los que así piensan. Y colocada la cuestión así, entiendo que es poco lo que hay que decir para combatir tales puntos de vista.

La fuerza, puesta al servicio del Derecho, ¿es una necesidad? La relación jurídica ¿se concibe sin esta nota? Hay quienes opinan que no es nota esencial, sino histórica; pero yo entiendo que es esencial, y que sería preciso negar la posibilidad de la infracción jurídica para que aquélla desapareciese; porque, en efecto, en lo que difieren (y perdone la Academia si le molesto dando

explicaciones detalladas en este punto), lo que diferencia la relación moral de la jurídica, es la concurrencia ó no concurrencia de la nota coactiva, no el hecho concreto, no sólo de que se preste la fuerza, sino de que deba prestarse en el caso de incumplimiento para esa eficacia de la relación jurídica. El que se use ó no la fuerza, no implica nada para la legitimidad de su existencia y aplicación. La relación moral, que afecta al orden de la libertad humana y que constituye aquella modalidad por la que mediante la razón se determina y mueve el hombre en dirección á lo que constituye su fin, es cosa que comprende y abarca dentro de sí, bajo su jurisdicción, la esfera toda de la libertad humana. Por eso he entendido siempre que no hay nada indiferente en el orden moral, cosa que nos conduciría á tratar de muchas cuestiones interesantes, pero que nos apartarían del tema,

Ahora las relaciones del orden moral afectan principalmente al cumplimiento del fin personal del hombre, y hay también la moral, que afecta á la colectividad, en cuanto se refiere á estos fines, pero principalmente el orden moral se entiende así, abarcando el cumplimiento del fin total humano. En este sentido se llamó siempre al hombre que cumple las relaciones de sus actos bien, varón justo y moral, y en este sentido se entiende la moral como verdad esencial. La relación jurídica abarca ya un concepto más restringido, se refiere al orden social; pero es de tal índole, que su incumplimiento lo perturbaría; y como éste no puede ni debe permanecer perturbado, constituyendo un estado que haría imposible la vida, como la enfermedad en otro respecto, se impone la necesidad de hacer eficaz el derecho, y debe haber una acción positiva, que es la de la fuerza, la nota coactiva del Derecho, que llama á la relación jurídica á su debido cumplimiento y eficacia. Entendiendo, pues, que la nota coactiva es esta, y, en el orden positivo y de la vida, respondiendo á ella se hace necesaria la fuerza material, que engendra lo que llamaremos el poder público, personificado especialmente por la institución armada ó militar, y que el antimilitarismo es tanto como semilla y

levadura antisocial, que perturba todas las relaciones del orden moral, jurídico y social por tanto.

Así entiendo el tema, y creo que el antimilitarismo constituye un verdadero peligro para el cuerpo social, que debe combatirse por todos los medios posibles, mereciendo las censuras de la ciencia y de la opinión.

Esto es cuanto tenía que decir, y pido perdón por haber molestado con ello á la Academia.

El Sr. Sánchez de Toca: En la controversia sobre el pacifismo y el antimilitarismo, además del equívoco que apunté al intervenir anteriormente en este debate, se produce con sobrada frecuencia el de suponer que el estado de espíritu antimilitarista es una derivación del anarquismo. Entre los elementos sociales contemporáneos hay, efectivamente, una parte muy considerable cuyo antimilitarismo procede del credo anarquista. El anarquista es, por naturaleza, antimilitarista. Pero no son, ni con mucho, los anarquistas los únicos antimilitaristas.

No pocos publicistas ó intelectuales, soñadores más ó menos utópicos, pero que nada tienen de anarquistas, sin embargo, en materia de pacifismo y antimilitarismo coinciden en el credo anarquista. Descuellan también en las escuelas de los economistas vehementes impugnadores del socialismo y del anarquismo, pero á la vez se declaran pacifistas y antimilitaristas. Y entre los señoríos del capital existe también formidable masa de elementos conservadores que por sus estados de espíritu entran de lleno en la clasificación de lo que ahora se comprende bajo las denominaciones de pacifistas.

¿Es acaso apropiable la denominación de anarquistas ó socialistas á la mayoría de los concurrentes más entusiastas á los actuales congresos de la paz y del desarme general? Seguramente que no.

Es decir, que, independientemente de los fermentos del antimilitarismo en el seno de las huestes socialistas y anarquistas hay en los estados sociales contemporáneos núcleos de mucha ponderación por el número y calidad de las personas y contin-

gentes que en ellos se suman y que, aun siendo radicalmente inconciliables con el credo profesado en las escuelas y partidos socialistas y anarquistas, coinciden sin embargo con ellos en no pocas conclusiones con respecto al pacifismo y al antimilitarismo.

Y es que todo este fenómeno del movimiento contemporáneo pacifista tiene raíces mucho más hondas que las que de ordinario suponen sus impugnadores. Así como la razón de los armamentos modernos y de las instituciones contemporáneas de la nación armada responde también á causas mucho más hondas que las que suelen tomarse en consideración en el seno de los congresos pacifistas.

Por espontáneos é irresistibles desenvolvimientos de la historia, las conflagraciones de guerra entre las naciones más civilizadas han tomado proporciones jamás conocidas en los siglos anteriores. Una contienda entre naciones como la que Bebel ante el Congreso de Stuttgart presentaba en términos tan impresionantes, haciendo el recuento de los contingentes militares de cuatro y seis millones de combatientes que Francia y Alemania tienen respectivamente preparados para lanzarlos á los futuros campos de batalla, supera á cuanto conocieran los siglos. Y es natural que, ante situaciones tales como las que la paz armada y los estados de guerra presentan á las naciones contemporáneas, todos se sientan en estremecimiento y traten de apartar de sí esto que parece una visión apocalíptica.

En la historia ha habido muchos períodos de lo que hoy se llama la nación armada, es decir, participación en la guerra de cuantos puedan empuñar las armas. Esta fué la condición en que se desenvolvieron las naciones hasta que llegaban al desenvolvimiento de vida económica, que no permitía emplear en la guerra á toda la población civil. En este caso la carga de la guerra se llevaba con un ejército permanente de profesionales de las armas. Y cuando esta milicia permanente no representaba superioridad profesional proporcionada á que la calidad prevaleciera sobre el número en los campos de batalla, la guerra venía al desenlace de que gentes rudas, en contingente de nación armada, invadiendo

á otra más rica y culta, pero sin elementos de virilidad material para mantener su soberanía, le impusieran su dominación .

Lo característico de la civilización contemporánea es que los pueblos en el mayor grado de riqueza y cultura necesitan defenderse con todo el núcleo de su población viril movilizada como nación armada, y que el armamento moderno representa costes y potencias destructoras de espantoso alcance.

El hecho de que sobre el gigantesco é incomparable desenvolvimiento de la vida económica y de los refinamientos de cultura de pueblos é instituciones libres y con fuerzas de opinión pública activa, irresistible para imponer su voluntad al gobernante, se presten, sin embargo, á conllevar permanentemente tan formidable armadura guerrera, es la prueba más palmaria de que en el espíritu público de las naciones contemporáneas se siente el patriotismo con más viva intensidad que la que acreditaron hasta aquí las grandes naciones llegadas al zenit de su esplendor.

Pero es natural también que aun sintiéndose el patriotismo con grandeza y amplitudes de concepto jamás igualadas, cada nación, á la vez de apercibirse á la tremenda prueba que hoy representa una guerra entre grandes imperios civilizados, procure al propio tiempo soluciones pacifistas que alejen cuanto fuere posible trance tan pavoroso.

Y es inevitable también que bajo esta preocupación cada elemento aparezca influido por el particularismo de lo que más le afecta é impresiona en la peculiar condición de su existencia. Así los intelectuales, enfervorizados en la confianza del poder irresistible de las ideas y en el triunfo definitivo de la justicia, se obsesionan con los desarmes generales y preconizan ante todo pacifismos.

Son también por naturaleza contingentes del pacifismo los elementos capitalistas, para cuyas grandes empresas industriales ó para sus enormes pirámides fiduciarias, una conflagración internacional representa estremecimientos de temblor de tierra. Y á la vez, ante la inmensa mayoría del proletariado, la guerra moderna sólo representa las mayores miserias y desolaciones en su hogar,

y horrores y abominaciones sin compensación. Y por lo mismo que de las realidades de la vida social nada impresiona tanto ni tan directamente á los hombres como las respectivas situaciones en que resultan respecto á las necesidades cotidianas de su existencia, el terror de la guerra, el espíritu del pacifismo y la abominación de la guerra, brotan como impulso instintivo de la masa social.

Sólo bajo la presión de las responsabilidades de gobierno, y desde las atalayas del poder público, puede abarcarse en toda su amplitud esta compleja realidad de las existencias nacionales por cuya virtud en el mundo la última palabra pertenece á la fuerza. La experiencia de gobernante es la que alecciona con las más tristes enseñanzas de que la justicia por sí misma no garantiza nada si ella á su vez no es amparada por la fuerza. Y que en el orden económico la condición más fundamental para el progreso y bienestar general radica en que el Estado personifique la fuerza convertida en instrumento incontrastable para garantía del derecho de todos. Y que en el orden internacional la nación armada es la más primordial seguridad para el pacifismo. Que el pueblo que no esté suficientemente armado se condena fatídicamente á toda dominación y servidumbre si confía sólo en el poder moral de la justicia. Que el esposarse con las ilusiones del desarme pregonadas por los románticos del pacifismo, representa hoy más que nunca, para las existencias nacionales, desprenderse los pueblos de la salvaguardia cardinal de la independencia, libertad y dignidad de su vida. En suma, que el rótulo *Pax perpetua* no puede ponerlo la humanidad sino en sus cementerios.

Todo esto, que en la experiencia cotidiana se impone al gobernante como primordial realidad para la vida nacional, sólo suele vislumbrarse por las multitudes con eficiencias para determinaciones de conducta cuando intervienen circunstancias que sacuden intensamente el espíritu colectivo.

En estas ocasiones es cuando la conciencia moral ingénita en cada uno de nosotros con todos los arraigos de una característica nacional adquirida en las transmisiones de la herencia moral y

de la herencia física, se manifiesta colectivamente con las potencias psíquicas que imponen la estima del bien y el mal independientemente de la utilidad personal inmediata, y sobreponen el sentimiento del deber á todas las consideraciones de la utilidad de momento.

Pero en las circunstancias ordinarias de la vida cotidiana estas estimas de la necesidad de las disciplinas militares y de las abnegaciones y sacrificios que ellas imponen dentro de las modernas soberanías nacionales, para mantener la independencia, la libertad y la dignidad de los pueblos, sólo está al alcance de los puestos en condición de apreciar en su conjunto y desde lo alto las supremas realidades que hacen indispensable la organización de la fuerza como garantía de los derechos de todos.

En las sociedades contemporáneas, el desvío de las cargas militares, hasta entre aquellos elementos sociales que no tengan debilitado el sentimiento patrio, procede principalmente de la misma primacía alcanzada por los intereses materiales de la actividad económica intensa en la vida moderna. Su tesis principal en favor de los desarmes y de la propaganda de los programas del pacifismo se reduce á argumentar sobre cuál sería la prosperidad de las naciones si no estuvieran obligadas al gravamen que pesa sobre sus presupuestos de la paz armada, y pudieran aplicar á la agricultura, á la industria y á la cultura la inmensidad de millones y de contingentes de ejército que hoy requiere la beligerancia entre imperios.

Toda esta argumentación tiene en el terreno económico por punto de partida el supuesto de que los gastos militares son completamente irreproductivos y representan elementos arrancados á la vida económica, y que en lugar de vivificar á las naciones les sirven de trabas para el desenvolvimiento de su prosperidad material.

Este orden de argumentación resultaría de suyo deficiente aun aplicándose á los gastos militares de antiguo régimen, y singularmente para los del sostenimiento de los ejércitos permanentes del siglo XV al siglo XIX. Mas actualmente, por el contrario, los ar-

mamentos militares representan por primera vez en la historia, para la vida económica de las naciones, un carácter que no han tenido nunca: son el elemento que coopera más intensamente a* fomento de la gran industria. Para comprobarlo bastaría tener el balance de cómo repercutiría en la gran industria de los principales imperios el que prevalecieran los programas del desarme que han constituido tema tan principal en los Congresos pacifistas. El mayor de los desastres económicos que actualmente pudieran sobrevenirle á Inglaterra, sería una paralización de sus construcciones de acorazados.

La construcción de los blindajes de los *Dreagnouths* y de las grandes piezas de forja representa la clave de la gran industria moderna. La economía nacional en incapacidad de esta producción resulta de hecho sometida para las necesidades principales de su defensa, al vasallaje industrial y financiero de imperialismos extraños.

Los armamentos de mar y tierra de las naciones civilizadas constituyen el asiento fundamental de estas poderosas industrias que vivifican más intensamente la actividad económica de los principales imperios. Así la gran industria militar es hoy el factor económico más importante para el desenvolvimiento de la prosperidad material de las naciones, resultando de ello, aunque parezca paradójico, que no hay nación moderna que pueda llegar á ser próspera en la paz con potencia de gran industria, si no desarrolla sus armamentos guerreros.

Las instituciones militares de la nación armada, que ejercen sobre las democracias contemporáneas tan incomparable función educadora y vivificadora de cultura, disciplina, respetos sociales y energía viril, amor á la patria y sentimiento del honor con las más altas virtudes del sacrificio, tienen también en la fecundación económica de las naciones una acción más potente que la misma organización financiera y bancaria del crédito público.

La grande industria siderúrgica, indispensable á los ejércitos modernos, es la clave de la supremacía en la organización de todas las demás. Así los armamentos actuales para la guerra re-

percuten hoy en las constituciones económicas de las naciones con efectos sin precedente en la historia de las instituciones militares. Si antes la guerra enriquecía por el botín, por los trofeos de la victoria, porque liquidaba en los campos de batalla la fortuna, hacienda y las soberanías de los pueblos vencidos, hoy, tanto en la paz armada como en los estados de guerra, sobrepone á todo eso la supremacía industrial, económica y financiera. Hoy, en suma, más que nunca, el valimiento de los ejércitos depende de acreditarse estar en ellos la suprema síntesis de todos los factores que juntos integran la patria.

Omito extenderme sobre esto, en atención á haber sido tema que he necesitado exponer tan reiteradamente en artículos y libros y en preámbulos de leyes y memorias de presupuestos.

No es de extrañar que el espíritu de las multitudes resulte retardatario en compenetrarse de estos transcendentales aspectos de la novísima función moral, social y económica de las militares en el seno de las democracias contemporáneas.

En la discusión de los presupuestos de Estado contemporáneos los capítulos que se denominan de imperialismo y socialismo, ó sean los gastos militares y los de las reformas sociales, representan las dos cuentas más formidables y de más vertiginoso aumento anual. En la discusión de estos créditos es donde con más porfía suele manifestarse el antimilitarismo de los diferentes bandos socialistas. Es natural que ellos, que no vislumbran las realidades de la vida sino desde el punto de vista de los fenómenos económicos de la relación entre el capital y el trabajo en las explotaciones industriales, reclamen que la lista civil del proletariado se anteponga á cualquiera otra atención del presupuesto. Así gran parte de la muchedumbre proletaria, envuelta en ese torbellino de reivindicaciones pasionales, donde aparecen mezcladas cóleras y quejas, lamentos angustiosos contra la injusticia é iracundas demencias perturbadoras, se agita desconcertadamente á impulso de las más opuestas direcciones.

Por ello, sobre todo en los pueblos latinos, no se ha logrado todavía fórmulas que concreten con precisión el pensamiento so-

cialista. La primitiva tesis comunista y los programas del colectivismo que le sucedieron durante el primer período, vinieron pronto á definitivo descrédito. Más tarde el marxismo les comunicó una vestidura doctrinal, que por espacio de una generación prevaleció en los carteles de las huestes socialistas. Sus soluciones reducíanse á provocar general catástrofe, concitando por medio de las luchas de clases rebeliones inexplicables del proletariado contra las primacías del capital en las condiciones actuales de la asociación humana.

La concepción catastrófica de Carlos Marx, vigorosamente razonada como tesis de escuela, era impropia para fuerzas que hubieran de actuar con organización práctica de partido. Pero su tesis industrial llevaba dialécticas de expresión de irresistible influjo sobre el espíritu de las clases obreras del industrialismo. Así, aunque las necesidades de la realidad en el proceso de la lucha revolucionaria hayan dividido á las huestes del socialismo en reformistas y revolucionarias por catástrofe, las profesiones de fe, en cuanto á la orientación doctrinal de todos esos bandos, continúan informándose en aquellos postulados de la teoría marxista respecto á que la lucha de clases se impone como consecuencia fatídica de la construcción social edificada sobre las actuales relaciones entre el capital y el trabajo. El socialismo entero continúa siendo doctrinalmente marxista en cuanto á profesar que los cotidianos menesteres de la vida son los elementos más decisivos para la formación individual y colectiva de los estados de espíritu en el pensamiento y en los afectos de los hombres, y que por esto mismo también en las relaciones de la vida social nada impresiona tanto ni tan directamente á los hombres como la respectiva situación en que el sistema de la producción y de la organización del trabajo los coloca respecto á las necesidades cotidianas más primarias para su existencia.

Declaran por ello radical imposibilidad de mantener solidaridad armónica ó conformidad colectiva en los modos de sentir y pensar de las clases sociales, si entre ellas llega á surgir una diferenciación demasiado honda, como la que hoy pone en contradicción á

las clases obreras y al capital sobre las necesidades más elementales de la vida cotidiana. Se declara en rebeldía frente á la organización social capitalista de la era moderna, dados los pavorosos dilemas que sobre esto les plantea. Abominan de ella como de una gran iniquidad social cimentada en bloque sobre la contraposición de clases, acaparando los privilegiados todos los elementos del capital necesario para los procedimientos contemporáneos de la gran producción y reduciendo al resto de la masa á la prestación glebaria de su trabajo personal.

Lo más esencial del credo común á todos los matices del socialismo se reduce, en suma, á denunciar que, por el desarrollo de los factores del moderno sistema de producción, todo lleva á la resultante de que los poseedores del capital, los ricos, se hagan cada vez más ricos, más dominadores, más oligárquicos, y los pobres cada vez más pobres, y más oprimidos y más numerosos. En tal condición, las multitudes del proletariado tienen que pugnar por imponerse á la oligarquía de sus explotadores y concentrar sus esfuerzos en arrebatarse por grado ó por fuerza la posesión de los medios que determinan la libertad ó la servidumbre. La trama principal de la historia se constituyó siempre por esta lucha de clases. Pero la singularidad fundamental de esta lucha en la era contemporánea consiste en que el proletariado, por la misma mayor diversidad que va tomando su masa, y á virtud de las propias evoluciones sociales de los fenómenos económicos, ha llegado á adquirir conciencia colectiva cada vez más intensa de sus potencias como muchedumbre; y todo anuncia á la vez que se ha llegado á la hora suprema de los definitivos desenlaces de esta lucha de clases, puesto que, dados los términos en que se plantea esta reivindicación de todo el proletariado jornalero, parece que tras de ella no queda ya ninguna otra clase que interponga acción reivindicatoria para ocupar puesto en la vida.

Sin negar un gran fondo de realidad en esta exposición sintética, formulada por el marxismo como resumen de los actuales agravios sociales del proletariado, al intento de justificar sus apelaciones á la violencia, aunque en este capítulo de agravios nada

hubiera que rectificar, y reconociendo además que en él se suman los asentimientos unánimes de todas las escuelas y partidos del socialismo, bastaría observar que se reduce á crítica meramente negativa, sin aportación alguna de cosa tan esencial para la eficacia de este orden de reivindicaciones, como el programa para la reconstrucción de la sociedad futura.

Así, aunque las escuelas y partidos de las huestes del socialismo tengan por credo común el mismo capítulo de agravios, aquellos de sus elementos que no han acertado á redimirse de esta constitución negativa, que el marxismo les inficionó como vicio de origen, resultan condenados á perpetua impotencia para acción social reconstructiva. Son elementos anárquicos, entregados á merced de la audacia de los agitadores profesionales, vinculados á no admitir más que la concepción catastrófica, y que explotando la exaltación de los unos y la pasividad de los otros los llevan como masa gregaria sometida á todos los contagios psicológicos que transforman súbitamente á potencia colectiva de alta tensión para sacudidas revolucionarias las corrientes más tenues de convicciones ó de meras opiniones individuales.

De ello procede la incapacidad ingénita de estos elementos para compenetrarse de que las instituciones de ejército y las escuelas populares, mantenidas como focos de los sentimientos del honor y del patriotismo, representan necesidades vitales é intangibles para las existencias nacionales; y que sin jerarquías de autoridad acatada con todos los fundamentales respetos de las disciplinas sociales y mentales, las naciones más ilustres sólo representan estados de degradación, incompatibles con la dignidad de la soberanía y predestinadas á los mayores envilecimientos. De ello proceden también las espantosas aberraciones de los programas socialistas respecto á principio tan fundamental como el de mismo concepto de la Patria. No conciben las primacías que el modo de sentir el patriotismo representan para formar la cohesión espiritual de un pueblo y constituir su estructura nacional. De ello se derivan los delirios, incoherencias y contradicciones que

sobre el concepto mismo de la patria son tan características de los carteles socialistas.

Estas antítesis de programas, no sólo surgen en las controversias internacionales de los grupos socialistas, á la manera que acaban de producirse con tanta resonancia entre alemanes y franceses en el último Congreso de Stuttgart, sino que se ostentan también con alarde dentro del socialismo de una misma nación.

Criffuelhes, que desde 1901 viene personificando la Confederación general del trabajo en Francia, exponía recientemente en los siguientes términos sus conceptos sobre el antimilitarismo y el patriotismo:

«Según se vive ó se paga por la patria, se tiene sobre esa entidad una opinión diversa. Esto equivale á decir que existen tan varios conceptos de la patria como diversidades en la condición de las categorías humanas. Quien vive en la holgura, sin preocupaciones sobre el día de mañana, puede disertar cómodamente, por pura especulación filosófica y como *dilettanti* sobre el nombre de la patria; pero el asalariado, que vive de su trabajo allí donde lo encuentra, no puede concebir la patria bajo el mismo aspecto.

«Si desde que tengo uso de razón no hubiera conocido como preocupación principal en esta materia otra que la de las satisfacciones intelectuales, tal vez podría clasificarme como socialista, patriota é intemacionalista. Pero, por el contrario, mi única preocupación se redujo á asegurarme la satisfacción de las necesidades materiales más indispensables.

La Patria, según dicen, es el conjunto de tradiciones, el patrimonio de un pueblo: es una porción del suelo de nuestro planeta, el lugar donde vivimos, asegurando á nuestro ser las satisfacciones más inexcusables. Pero á mí nada se me alcanza de las tradiciones morales y del patrimonio de nuestro país, por no haber podido comprenderlas ni ponerme en contacto con ellas. Ni me pertenece la más mínima parcela del suelo, y la condición de vida que en ella me ha correspondido dista mucho de reunir las satisfacciones más indispensables.

Soy extraño á todo lo que constituye la irradiación moral de

nuestra nación. Nada poseo en ella, y tengo que vender mi trabajo para satisfacer las necesidades más estrictas. Por tanto, nada de lo que para ciertas gentes constituye una patria existe para mí. No puedo ser un patriota.»

Otro personaje del socialismo francés, de no menor autoridad por las dotes nativas de entendimiento y de austera firmeza de carácter, formulaba, por el contrario, sobre esto mismo, la siguiente profesión de fe en los momentos en que la campaña antipatriótica del sindicalismo se manifestaba en su mayor exacerbación:

«Esta colectividad que denominamos la patria no es una creación espontánea y superficial debida al acaso. Es creación con raíces muy ahondadas en lo pasado, y en cuya elaboración secular colaboraron numerosas generaciones. Es un agregado de labores, de padecimientos y sacrificios, de esfuerzos intelectuales y morales formado por gestación de siglos.

• Sería insensato pretender destruir un organismo que se constituye donde quiera vivieron los hombres, ó donde vive la asociación humana, y en cuyo seno los hombres se unen por muchos siglos para dirigir su actividad colectiva y cooperar á obras comunes, ligando al individuo y á la familia al mismo medio ambiente, y haciéndoles partícipes de las riquezas generales y colectivas, creadas por todos los miembros de una misma nación. Bajo la influencia de este sentimiento de la patria común se ha desarrollado la sociabilidad fecundadora de las ciudadanías. Si el patriotismo puede considerarse como un egoísmo colectivo, él contribuye sin embargo al desarrollo del sentimiento social, él habitúa á los ciudadanos á estimar los sucesos por su acción general y á combinar los esfuerzos de todos en favor de la colectividad nacional, á la vez de resguardar los intereses particulares.»

No obstante los contrastes de estas dos tesis, en el fondo de ambas se advierte, sin embargo, aunque en grado muy diverso, el vicio de origen de las premisas sentadas por las doctrinas marxistas sobre el predominio de los intereses materiales en el desenvolvimiento de la historia.

En las existencias nacionales, la vida se presenta con aspectos mucho más complejos y con más amplio contenido de realidades que el supuesto de estas interpretaciones económicas de la historia.

Ciertamente, los intereses materiales y las necesidades cotidianas de la existencia actuaron siempre y continuaron actuando como factores muy primordiales en el proceso de la asociación humana, pero á la vez nada resulta tan comprobado en la historia como el hecho perenne de que, en el conjunto de las existencias nacionales, los sentimientos espirituales imponen su primacía á los demás móviles de la conducta colectiva. Los ideales tienen transcendencia muy superior á la de los intereses materiales, para inspirar á los hombres el sacrificio. En el seno del propio socialismo contemporáneo, los elementos de idealidad más ó menos éticos que entran en su contenido influyen en la cohesión y disciplina social de sus adeptos mucho más poderosamente que las reivindicaciones sobre la satisfacción de mejora inmediata en las condiciones de vida del proletario. A pesar del materialismo que informa sus programas, la principal fuerza colectiva de sus filiaciones radica en los aspectos místicos de su esperanza, en el advenimiento de un futuro paraíso terrenal, en el que todos los seres humanos gozarán iguales venturas. •

El idearium nacional, los sentimientos morales que inspira el espíritu patrio, representan el elemento primario para constituir la estructura social de un pueblo. La potencia de esa estructura depende principalmente de la acción psicológica que esos elementos espirituales desarrollan individual y colectivamente sobre las almas. Ni la trabazón de los intereses económicos, ni las constituciones, ni los armamentos, ni los aparatos de la soberanía se bastan por sí solos para producir una patria y mantener á una nación en pie de grandeza. Ni las libertades públicas consignadas en los Códigos crean ciudadanías, ni los ejércitos son fuerza, ni las escuelas ni la actividad económica general prosperidad y vida nacional intensa, si no palpitan en la nación sentimientos de honor y patriotismo. La verdadera fuerza

de todo eso radica en el ideal, poder invisible, creador de cosas visibles, juez y supremo director de las almas colectivas, en términos que todos los fenómenos sociales se reducen á meras exteriorizaciones de lo que actúa en en el fondo del corazón y del pensamiento de los hombres.

El mayor peligro que el socialismo levanta sobre algunas naciones contemporáneas consiste en el temeroso desvío en que respecto á los ideales patrios precipita á las multitudes. Un pueblo no llega á conquistar el pensamiento y la psicología de su nación sino tras largo transcurso de siglos.

El cuerpo de las naciones resurge ileso de todas las catástrofes mientras el ideal patrio informe su alma colectiva y en todos aliente la fe en sus destinos inmortales para realizar la idea dominante del espíritu nacional. Pero en cuanto una nación pierde su ideal, se extingue en ella la parte más noble de su vida y entra fatídicamente en irredimible decadencia. Los mayores esplendores de la civilización y el caudal del patrimonio acumulado por sus generaciones sólo le sirven en esa hora de agonía para hacer más espantosa la liquidación de su pasado y de cuanto le hizo grande y glorioso en la historia.

La psicología del antimilitarismo contemporáneo no es sólo resultante de la condición de los factores exteriorizados por el arrastre de la historia en los estados económicos y sociales de las naciones, no se forja únicamente por las recriminaciones de airada protesta que levantan en el ánimo del proletariado las tristes realidades de las miserias y contradicciones económicas características de la vida social en la civilización moderna. Esta psicología del antimilitarismo contemporáneo profundiza además directamente sus raíces en lo más hondo de la mentalidad en las mismas clases directoras como en los proletariados.

Al través de todas las diferenciaciones de la herencia física y de la herencia moral en que el hombre toma su ser, resulta siempre vinculado á dos maneras de vida fundamentalmente diversas. Vivimos vida interna y vida de relación. La una, interior, se desarrolla en nuestro modo de sentir y de pensar, y en nuestras

creencias, en nuestros deseos, en nuestras intenciones y en nuestra voluntad. La otra, es exterior y se desarrolla con nuestros actos y con las repercusiones que estos actos y sus obras producen en el mundo y en nuestros semejantes.

Y de los contactos y contrastes de la vida interna con la vida de relación surgen con frecuencia conflictos del ser interior en antítesis con los demás, y de antítesis de los demás para con nuestro mundo interior. Así, á la vez de sentir que del ambiente en que vivimos recibimos casi todo lo que hace que la vida que vivimos merezca vivirse, venimos, sin embargo, en ocasiones á encontrarnos ante el trance de advertir también que ninguno de los bienes de la vida tendría valor y que nuestra misma vida carecería de sentido, si para conformarnos al medio ambiente debiéramos vivir en contradicción con todo lo que constituye lo más esencial de nuestro ser, tal y como nos lo testimonia la propia conciencia.

Para determinar en su realidad más íntima las condiciones de la vida dentro de cada asociación humana, ningún factor es tan decisivo como la peculiar manera de coordinarse este dualismo de nuestra vida en la conciencia individual y en la colectiva de los estados afectivos y mentales. Para los unos, la realidad más real, la única positiva y suprema, es la social; de lo social se deriva lo moral. Para los otros, la realidad más positiva y suprema es el hombre individual; para ellos el dictado de la conciencia, en lo más íntimo de cada persona, es lo que condiciona y genera la moral, y de lo moral se deriva lo social.

Lo más transcendental en el presente movimiento antimilitarista es que no sólo se produce como protesta ante lo que se exterioriza como condición de la vida en la realidad social contemporánea, sino que surge también como resultante de hondísima transformación en lo más íntimo de la vida interna, en el fuero de la conciencia individual y colectiva. Las rebeldías de ese antimilitarismo surgen á un tiempo de las tristes realidades de las miserias humanas que impone el positivismo de la dinámica social en nuestro tiempo, y del positivismo de las realidades sub-

jetivas desarrolladas en lo más profundo de la vida interior de la conciencia humana.

Aunque la dinámica social no impusiera á las naciones los ingentes aparatos de fuerza de los armamentos modernos, ni las relaciones entre el capital y el trabajo hubieran planteado los actuales estados de violencia entre los proletariados y las cligarcias plutocráticas, la asociación humana se encontraría á esta hora ante un cráter de rebeldías sociales contra el criterio tradicional del principio de autoridad, y hasta contra el concepto mismo de la patria. El antimilitarismo no es, en definitiva, más que una de las manifestaciones de la revolución que se ha producido en este misterioso centro, donde se condensa lo más fundamental de nuestra individualidad, lo que hace, en suma, que cada uno es lo que es, y se determina por manera distinta en cada persona la jerarquía moral de todos los valores para la existencia humana.

Más ó menos latentes, ó exteriorizados violentamente, actúan siempre en el seno de la asociación humana estados de conflicto entre los sentimientos morales de la psicología afectiva del individuo y las exigencias del conformismo social. Dimanan estos conflictos, unas veces, de que el individuo convierta su egoísmo ó sus pasiones en ley de su vida, otras en que la sociedad imponga á sus individuos conformismos no exigidos por las necesidades sociales, sino por las pasiones y los egoísmos colectivos de una clase dominadora. Pero la historia no registra respecto á estos conflictos ninguno comparable á la gravedad, intensidad y proporciones que revisten las presentes rebeldías sociales.

Las revoluciones políticas producidas por la burguesía desde 1789, parecen secundarios fenómenos atmosféricos, al compararse con la revolución social que entra ahora en el periodo de sus estremecimientos sísmicos. Pero á su vez esta revolución social resulta como mero accidente repercutido por la subversión producida en lo más profundo de ese mundo de los fenómenos del espíritu que se desarrollan en los misterios del fuero interno de la conciencia humana individual y colectiva.

Ningún movimiento de los pueblos ha agitado tan hondamente :

y con tan íntimas conexiones en toda la vida internacional el ánimo de las muchedumbres en conciencia colectiva de la fuerza y derechos del proletariado, como la moderna inquietud de los espíritus, característica de las sociedades contemporáneas en los más altos grados de civilización.

Falta la acción coactiva de esas espiritualidades que dentro de cada hombre encuentran la sanción y el juez íntimo que defiende el derecho de las demás y por cuyo ministerio en el fondo de la conciencia humana se descubre lo más excelso de la creación y un mundo más dilatado y espléndido que el regido por las leyes dinámicas de los espacios del firmamento.

Lo mismo para las funciones generadoras de la soberanía como para prestar su cooperación en los actos sociales creadores de los estados jurídicos al través de las ordinarias actuaciones de vida, las muchedumbres asomaban rara vez á esas fronteras extremas en que la legitimidad del mandato y la precisión de obediencia y los asientos mismos del poder público se determinan por la relación entre lo que agita el corazón y el pensamiento de los hombres y lo que se exterioriza en los ordenamientos sociales. Ese mundo interior del fuero interno se representaba para las muchedumbres como imponente é impenetrable majestad hecha de silencio sobre espacios infinitos. Lo que de ese inmenso mundo interior del fuero interno de las muchedumbres repercutía á las exterioridades del ordenamiento social, se reducía á reflejar estados de conciencia colectiva en convencimiento pasivo de que los señoríos patronales, los títulos de los gobernantes y toda autoridad imperatoria emana de poderes superiores á la voluntad de los hombres. En este acatamiento de obediencia pasiva se rendían colectivamente ante el mandato, por creer en la autoridad y en el derecho propio del que manda.

Ahora, por el contrario, la opinión colectiva de las muchedumbres se manifiesta con naturaleza activa, en convencimiento de que no hay poder superior al suyo. Del fuero interno de la mentalidad de las multitudes repercuten, en todo lo que exterioriza la vida social, rebeldías airadas en convencimiento de que no hay

poder superior á la voluntad de las plebes, que las fuentes de la soberanía, paradisponer los ordenamientos sociales, se encuentran en el seno de la multitud, y que de su voluntad dependen los señoríos y la legitimidad de todo condicionado en las relaciones entre el mandato y la obediencia.

Y es que este advenimiento de las multitudes á las participaciones del poder político coincide con la circunstancia de que por las oleadas del espíritu aparezca ahora con tremendo desamparo, en las profundidades de la conciencia humana, ese supremo concepto de la justicia que es el alma del cuerpo social. Por esos hundimientos morales del inmenso mundo interior que cada hombre lleva dentro de su alma, también las muchedumbres al asomar á las cumbres de las soberanías del Estado, vienen profesando que la justicia suprema es mero convencionalismo entre los más poderosos, que el bienestar físico es el fin principal ó el único de nuestra existencia, y, puesto que todo acaba acá en la tierra, el hombre no tiene mejor cosa en que aplicar todas sus potencias que en satisfacer cuantos goces pueda alcanzar en lo presente.

En semejantes condiciones de espíritu, el hombre, puesto frente á frente de la injusticia, del infortunio, de la miseria ó de cualquiera de las demás tristes realidades de esta vida, tiene que ser fatídicamente rebelde é indisciplinable y llevar como por instinto salvaje sus más airadas agresiones contra aquello que represente principal clave en el ordenamiento social.

Así, la rebeldía contra las exigencias de los conformismos tradicionalmente impuestos por las necesidades de la vida social, no proceden sólo de los estados de espíritu de individualidades poderosas, ó de la mentalidad colectiva en las plebes; se manifiesta á modo de una explosión general de elementos inadaptable, lo mismo entre las clases directoras que entre las dirigidas.

La subversión arranca del mismo mundo espiritual en que la conciencia humana desarrolla individual y colctivamente su vida interior. Y las aristocracias intelectuales, como las muchedumbres, entran por igual como elementos anarquizantes en la misma fermentación de la inmensa masa social. De ello se deri-

van las disidencias en el seno de todos los bandos. Así el anarquista, en convencimiento de que el individuo es la única realidad positiva y que lo que siente el hombre en el fuero interno de su individualidad es lo que debe determinar lo moral y lo social, pugna como antagónico del socialismo creyente, por el contrario de que lo social produce lo moral, y partidario por ello de la solución catastrófica que cree en una sola jornada á la sociedad futura. Así también, en lo relativo al antimilitarismo, un bando socialista concreta su programa á exigir que el ejército no pueda nunca intervenir en las huelgas; y otro bando, por el contrario, fija su programa en propagandas activas é incesantes en los cuarteles y en toda relación con militares, procurando la desobediencia á los jefes aun en tiempo de paz, y en tiempo de guerra la deserción en masa de los soldados el mismo día en que se declare la ruptura de hostilidades.

Lo expuesto indica lo bastante que el antimilitarismo se conecta tan íntimamente con los más fundamentales problemas del orden social y moral en la sociedad contemporánea, que constituye una de las resultantes más características de la psicología de la nación en que se produce.

Sería gran desacierto encerrarlo en el cuadro exclusivo de sus aspectos en relación con las instituciones militares. Sólo se llega á cabal explicación de sus fenómenos analizándolo en el conjunto de todo estado sociológico de que se deriva.

En la terrible crisis espiritual que ahora están atravesando algunas naciones cristianas, la psicología del socialismo se determina esencialmente en cada pueblo por los grados en que se incorpora á la espiritualidad cristiana condensada en la conciencia nacional. De ello proceden sus diferenciaciones fundamentales en el proceso de la ingente evolución social, que en la era contemporánea arrastra tan vertiginosas transformaciones al plantear los formidables problemas de las nuevas relaciones entre el capital y el trabajo, que son consecuencia de la estructura económica impuesta á los pueblos modernos por la gran industria.

Así, en unos pueblos prevalece el socialismo que se manifiesta

como instrumento de violencia, seide de los programas de rebeldía y de los odios contra el ejército y contra la patria. Se constituye, en suma, como el agente más activo y de más brutales radicalismos para estúpidas destrucciones. En vez de cultivar el espíritu colectivo con lo único que ennoblece y redime á las razas y á las gentes, él escarnece todo el haber patrimonial acumulado por los pueblos en conciencia de su misión secular, y reniega de cuanto hizo grandes á las patrias. En cambio, por otras naciones, al contrario, el movimiento sindicalista actúa como principal factor de cristianismo práctico. En vez de incitar al odio y de procrear rebeldes, y de anhelar catástrofes, es fuerza pacífica transformista, bienhechora y redentora, con frecuencia insustituible para normalizar la vida económica y hermanar solidaridades de patronos y obreros en la misma conciencia del deber.

Con socialismos en que predomina este espíritu de los sindicalismos reformistas se vislumbran siempre para las naciones desenlales de concordia en la lucha de clases, por complejos que resulten estos modernos problemas sociales, que presentan tantas facetas como aspectos tiene la vida, y por agudas que sean sus conflagraciones en las crisis de la relación entre el capital y el trabajo. Y aunque el propio desenvolvimiento de los factores económicos interponga trámites retardatorios á la solución definitiva, caben esperas conciliatorias para transacciones transitorias, porque en la conciencia de las clases altas palpita el sentimiento de los sacrificios necesarios, y en el proletariado el sentido práctico de las resignaciones provisionales inexcusables. En ellas, además, el espíritu público de todas las clases respira ambiente propicio para que el alma colectiva encuentre orientación al dirigir sus destinos al través de las inquietudes de la vida contemporánea y continúe vivificándose con las vibraciones de espiritualidad que repercuten desde el fondo secular de su historia.

Pero dentro de las naciones en bancarrota de todos estos elementos, la democracia, en fiebre de socialismo anarquizante, se agita convulsiva en medio de pavoroso tumulto de instintos y pasiones desordenadas. No sabe ni lo que quiere ni adonde se en-

camina, ni acierta á orientarse, y nadie tampoco se encuentra en situación de proponer al tumulto de esas voluntades desconcertadas un plan para la reconstrucción de la futura sociedad. Aprisionada por sus arrastres hereditarios, irritada por sus instituciones, leyes y costumbres, procura destruir los puntales que sostienen á la estructura social presente, y la ciudad entera amenaza inminente desplome. El sostenimiento del Estado en esta condición se encuentra de día en día más angustiado ante el dilema de optar entre los dispendios cada vez más abrumadores de la fuerza indispensable para mantener el poder público ó de entregar por las vías del presupuesto anual toda la economía nacional á los dispendios del socialismo.

En la presente condición internacional é interna de los Estados, nadie puede conservar más que aquello que sepa conservar. La historia rinde testimonio perenne de que los débiles, para acrecentar su puesto en la consideración social y ser respetados en su derecho, no encontraron más medio que el de acreditarse en fuerza. La legislación positiva para el régimen de las disciplinas sociales mantenedoras de la asociación humana es producto de un progreso indefinido de lucha perpetua, en la que, dentro de la vida interna de las naciones, individuos y clases, lo mismo que las naciones en relación interior de la potencia de la soberanía para la vida internacional, tienen que pugnar perpetuamente por la conservación y el reconocimiento de su derecho. Y el estado de este derecho sólo llega á concretarse y definirse sobre el poder acreditado. De esta manera la legalidad escrita va formándose á modo de sucesivos tratados de paz ó conciertos de potencia en que quedan sancionados, acotados, jalonados los privilegios de los que resultan en preponderancia y los respetos de aquellos derechos que la otra parte beligerante acredita á su vez con fuerza suficiente para que se le reconozca como *mínimum irreductible*.

La preponderancia social adquirida determina así las influencias y participaciones en el poder político. Mas dentro de esas mismas participaciones, la preponderancia para las directivas del Estado necesita también acreditarse con la fuerza de autori-

dad, que alcanza sobre las demás el privilegio de ser obedecida; pues esa autoridad generadora de obediencia tampoco radica solo en la voluntad del que manda, sino que su eficacia depende principalmente del estado de conciencia de quienes se le someten.

A virtud de todo esto, así como las instituciones políticas y los códigos civiles de la centuria última respondieron á las supremacías de la burguesía, lo que ahora predomina en la legislación social, representa el código de la clase obrera para las relaciones entre el capital y el trabajo. Así las acciones y omisiones de los obreros que en los códigos de ayer figuraban definidas y penadas como delitos, aparecen ahora reconocidas, legitimadas y consagradas como asiento primario del derecho del obrero según los novísimos códigos del trabajo.

En la vertiginosa renovación de los estados sociales, que es característica de nuestro tiempo, ningún fenómeno se destaca con tanto relieve como el de la moderna preponderancia de las muchedumbres en la influencia y participación del poder público. Las voces de la plebe, con haber repercutido tanto en la historia, nunca alcanzaron, sin embargo, influencia activa y constante en el proceso cotidiano de la gobernación. Ahora, en cambio, ellas son las más encumbradas y preponderantes. Bajo su acción, el respeto á las leyes y disciplinas sociales de la obediencia resultan fundamentalmente transformadas. La psicología peculiar de las demagogias, en punto á la obediencia, resulta ahora en plenitud de expansión. En el acatamiento de los mandatos de la autoridad y á los preceptos de la ley, el espíritu crítico se antepone al respeto. La obediencia se determina mucho más por el contenido del mandato que por la procedencia del texto legal. Las leyes necesitan *execuatur* social. La ilegalidad toma visos de una función jurídica para dirimir un estado permanente de conflicto entre el legislador, el juez, el gobernante y las costumbres. En las relaciones entre el poder público y los particulares, la cooperación es ahora más esencial que la subordinación. La ley obliga poco, y sus fuerzas coactivas aparecen en debilidad extrema.

Por la eficiencia de las resistencias sociales á la aplicación de

las leyes, la noción de fuerza sustituye á la acción de la soberanía, y el concepto de función al concepto jurídico de las jurisdicciones. Entre los estados sociales y las legalidades parecen mediar antinomias irreductibles, y como atenuaciones prácticas de tales antinomias, las leyes se aplican al mínimo de su eficacia. Los poderes públicos, las magistraturas y la misma investidura suprema de la soberanía, no tienen estima jurídica de instituciones, sino de meras funciones y órganos. Hasta en los mismos Códigos penales la ley evoluciona en el sentido de una debilitación constante de la represión. La propia ley marcial, en cuyas actuaciones la represión rápida y enérgica representa lo más esencial y la razón única de su aplicación, va tomando en la práctica naturaleza meramente pasiva, imponiendo al ejército recibir impasible las agresiones del motín, para que luego los fallos de sus consejos de guerra se liquiden en definitiva con paternales sobreseimientos ó amnistías ilegales.

A la vez, mientras por la complejidad de la vida moderna va haciéndose más necesaria en todos los ramos de las empresas colectivas la dirección de las capacidades más selectas, por el contrario en la política: muchedumbres de mentalidad inferior son las que gravitan con mayor potencia dinámica en la dirección del Estado. Y este antagonismo entre las multitudes y los más capaces va acentuándose cada vez más. Nunca fueron tan necesarias como ahora personalidades de capacidad eminente para la alta dirección y gobierno de las naciones. Nunca, sin embargo, se interpusieron tantas dificultades para soportar su dirección.

Las muchedumbres, en apasionamiento sobre reivindicaciones de clase, no suelen respetar ni comprender entre sus contemporáneos la superioridad del hombre de Estado, que, aunque apasionado también de democracia, sin embargo, por alto sentimiento de los deberes de gobernante no se somete á ser el portavoz, el mandatario ó el gestor de negocios de los intereses ó pasiones de una clase determinada. Esas plebes comprenden mejor y se entregan más fácilmente al demagogo organizador clandestino de poderes para dominar sindicatos anónimos, ó á los que enardecen

auditorios proclamando, entre apostrofes vibrantes, improprios brutales y fieros anatemas, la guerra de clases. Aun menos llegan á comprender el gobierno de la democracia como una gran cooperación de íntima solidaridad entre todos los componentes de la ciudadanía, y por la cual el alma popular se eleva de continuo por encima de las competencias de los intereses secundarios y de los clamores y porfías pasionales de las banderías, enalteciendo y dignificando los supremos intereses colectivos con las más nobles aspiraciones del espíritu nacional.

Así, aunque en las transformaciones de la vida contemporánea las plebes hayan adquirido preponderancia social por manera que su voz resulte órgano de opinión, cada vez más poderosa, para influencia activa y constante en la política, aparecen á la vez en incapacidad para el manejo de la materia de Estado y de las artes de gobierno que requieren las naciones modernas. Tienen formidables potencias para el veto, pero les faltan capacidades de clase directora.

Esos mismos proletariados, cuyos estados de opinión y de conciencia han reducido á las leyes y á los poderes públicos al mínimo de su eficacia, y convertido la ilegalidad en una manera de función jurídica, son, sin embargo, los que al entrar en las participaciones del poder político se manifiestan más exaltados en la profesión de los dogmatismos de la omnipotencia del legislador. En cuanto toman señorío dentro del Estado, resultan los más refractarios á comprender que lo promulgado legislativamente necesite, para cumplirse, la aquiescencia social, por lo menos tácita, y que á virtud de ello todos los poderes del Estado puedan resultar impotentes para realizar un texto de ley.

No se dan cuenta de que una nación es lo que es por lo que son los estados de su espíritu colectivo y las realidades físicas y morales de su vida, y no por lo que digan los textos escritos. Que lo principal de las leyes y de las pragmáticas de gobierno es lo que de ellas sienten los pueblos. Y que el sufragio universal de los actos sociales importa más que los veredictos políticos del sufragio universal según las leyes electorales, y que el veto social está

ñor cima A» »>f™ '«- operativos de los poderes constituidos sucesionales del derecho público,
dentro de un régimen político del más jlo en la voluntad de las mayorías, como
» para la autoridad de las leyes, la volun-
. no suele bastar para imponer obediencia,
intas amplitudes se lleguen á imaginar para
•nidos, la nación, electoralmente represen-
: inevitablemente reducida á una fracción
i más nutrida y poderosa de las mayorías
jólo una minoría social,
las teorías del derecho público se dogma-
ido texto legal no sancionado por los esta-
í mismo ineficacia jurídica de imperio. Ley
lados de espíritu y lo arraigado en las eos-
rea derecho, y rarísima vez resultan viables
i extralimita sus imperativos más allá del
derecho consuetudinario.
i la labor legislativa de la última centuria
imonio de esta impotencia de las leyes para
les. Nunca el espíritu revolucionario se ha
con tanto estrépito de teoría legislativa,
jamas lamjjutu IUUU ci aparato gubernamental y jurídico del poder
público puso en tales términos sus potencias coactivas á discreción
de las ideologías de los legisladores, para crear derecho nuevo:
pero nunca tampoco resultó tan manifiesto el contraste entre la
teoría de los códigos promulgados y la inalterabilidad de la mar-
cha evolutiva de la historia en el proceso de los estados sociales.
Todas esas conmociones revolucionarias, con apariencia de ahon-
dar en lo más profundo de la estratificación social, se liquidaban
luego como meteoros superficiales. Pasados los ciclones, se advir-
tió que su fenómeno principal había consistido en grandes emo-
ciones públicas, respecto á mutaciones políticas en el personal
gobernante. Las leyes promulgadas desde esos Sinaís revoluciona-
rios en presunción de un *fiat* creador omnipotente de nuevas na-

ciones, sólo tenían eficacia en lo que se limitaban á reconocer y consagrar el derecho engendrado tras secular gestación en las entrañas de la historia y ya preexistente en las realidades sociales. A la postre lo único superviviente de esa legalidad revolucionaria quedó reducido á los textos que daban testimonio oficial de la defunción de estados políticos y jurídicos ya impracticables. Fué la centuria en la que las realidades consuetudinarias declararon por sí mismas en desuso mayor número de textos legislativos. Nunca la jurisprudencia de los actos sociales y los imperativos de los factores extralegales modificaron tan hondamente, y con tan incontrastable fuerza ejecutoria supra-legal, la letra y el espíritu de los códigos que los poderes oficiales promulgaban.

De todas esas revoluciones políticas, que durante la centuria parecían cataclismos de terremoto, ninguna tenía la trascendencia de esa revolución social que entre tanto se planteaba en las relaciones entre el capital y el trabajo, y en el fondo moral de la conciencia colectiva, y que, á nuestra vista, está desarrollándose ahora con tan vertiginoso proceso.

Esta revolución social, que hace tan poco sólo se presentaba con los aspectos de proletariado obrero amotinado contra el liberalismo y la economía política de la burguesía, ahora no sólo alardea formidables poderes para decretar la caducidad de los estados jurídicos é imponer en nuevos códigos del trabajo los privilegios del proletariado como clase preponderante, sino que se manifiesta además con tremendas potencias sísmicas para derrumbar por terremoto los alcázares del poder público y producir pavorosas ruinas de resquebrajadura por hundimientos de la corteza social.

Parecía, tras de semejantes comprobaciones, que, al menos la generación actual, debía sentirse ya en saturación de experiencia en punto á que nada es tan elemental, para las funciones de gobernantes, como el hacerse cargo de que la esencia del sentido jurídico consiste en la realización práctica del derecho, testimoniando sus estados positivos con potencias coactivas eficaces á imponer sus respetos.

Sin embargo, aun entre las clases directoras que se consideran gubernamentales persisten los dogmatismos sobre el poder de las leyes hasta para lo quimérico. Bajo la obsesión de estas supersticiones en que la investidura jurisdiccional de promulgar, leyes, confiere poder de operar radicalmente, no pocos entre los mismos gobernantes continúan todavía sin darse cuenta de que pedir obediencia sobre una ley inadaptable á la realidad social, ó rechazada por ella, equivale á una especie de declaración de guerra hecha contra la nación real por los legisladores de la nación electoral; y que en esta guerra, los poderes públicos que el Estado representa carecen de fuerza coactiva suficiente para imponerse, no sólo á la resistencia activa, sino á la mera inercia pasiva de la sociedad entera.

Cuando hasta entre los mismos gobernantes se prodigan todavía tales casos de radicalismo, no es de extrañar que el proletariado contemporáneo haya llegado á las participaciones del poder político en completa inexperiencia de nociones tan elementales para la gobernación. Los credos del socialismo le incitan, además, á simultanear también estos dogmatismos de la superstición en la omnipotencia radical de las leyes, con la fe en la potencia y legitimidad de las rebeldías para resistir á las leyes con actos sociales revolucionarios. Socialistas y anarquistas coinciden así en declararse inadaptados é inadaptables á los estados sociales presentes. Considerándose con energía creadora suficiente á construir por ensalmo la ciudad futura, concentran todos sus empeños en la más pronta ejecución de esta obra. También de los grandes ascetas suele decirse que son hombres inadaptados á su tiempo y en adelantada adaptación á una sociedad más perfecta, y que, suponiéndola en vías de formación, contribuyen á realizarla. Pero á juzgar por los preludios, nada parece más antitético de la futura ciudad mística de los santos que la futura ciudadanía socialista.

Algunas naciones han tenido la fortuna de que la organización sindical de los apostolados socialistas, compenetrándose con gran sentido práctico de las necesidades primarias de las clases obre-

ras, en mejora de su condición, supieran encauzar para obras fecundas las grandes corrientes de las aspiraciones populares en la sociedad contemporánea. Más atentos que al estrépito de las polémicas á la observación positiva de las necesidades cotidianas de la vida en el taller y en el hogar del obrero; más preocupados de la verdad que de las agitaciones de la política, poniéndose en contacto directo con los estados de espíritu y las realidades físicas y morales de la vida del proletariado, identificándose con sus alegrías y con sus tristezas, compenetrándose de lo más íntimo de las inquietudes individuales y colectivas que en las clases jornaleras producen al por menor cada uno de esos problemas del trabajo cotidiano, cuyo conjunto forma la substancia de la vasta y compleja cuestión social de nuestros días, van descubriendo para la satisfacción inmediata de las necesidades más agudas en los múltiples intereses sociales del pueblo, remedios más prácticos que los pregonados por los que, á título de tribunos, reformadores y filósofos trascendentes, pretenden abarcará la humanidad entera é iluminar el curso de los siglos. Esas sindicaciones bienhechoras han tenido el inmenso é inapreciable mérito de recoger los anhelos del alma popular tal y como es, y vibra fuera del tumulto de los mítines y de la contaminación de los agitadores profesionales. Su organización de defensora de las clases obreras, formada con el altruismo del contacto directo y de la participación personal, representa en el campo inmenso de las cuestiones sociales beneficio semejante al de esos cauces combinados con insuperable experiencia por la misma clase labradora para llevar las corrientes bienhechoras hasta el último rincón de la llanura.

Para desgracia de no pocas naciones, no es ese el sindicalismo en ellas predominante. Prevalecen, por el contrario, las sindicaciones que no sindicalizan más que los odios: odio al capital, á las capacidades, al ejército, á la patria. En lugar de fortalecer con el sentido jurídico generador del civismo de las grandes ciudadanías la mentalidad de las muchedumbres convocadas á los comicios de sufragio universal; en vez de buscar el progreso en el movimiento ascensional de todas las clases hacia estados de con-

•

ciencia más espiritualizados, y procurando en cada una, con la selección de las mejores, la formación de esas aristocracias naturales, sin las cuales ningún pueblo puede convertirse en democracia, se proclama, por el contrario, como ley de progreso á toda violencia y á la eliminación brutal de cualquier superioridad. Se informa el espíritu popular con la doctrina de que en la vida interna de cada nación, aun más que en las relaciones entre Estados de soberanía, el derecho y la estima social no se alcanzan sino á expensas del despojo de alguien. Es socialismo que reduce todo el derecho de gentes á la mera ley biológica de la dominación del más fuerte. Pero en esto mismo radica su impotencia para constituir ciudadanía, pues si el derecho del más fuerte es el único que conoce la biología, para el orden social humano, los pueblos no viven sino sobre base de justicia que represente el respeto á los derechos de todos.

Los desenvolvimientos de la historia han traído á las sociedades actuales á la condición de que en ellas no sean ya suficientes para el buen ordenamiento social las cualidades hereditarias de algunas estirpes privilegiadas, ni aquellas instituciones tutelares en las que el valer de los cuadros compensaba las deficiencias individuales. Lo que antes se alcanzaba por los linajes, por los usos seculares y las tradiciones familiares ó corporativas, sólo se obtiene hoy por la superioridad del valer personal. Mas á la vez de esto, y también por esto mismo hoy, más que nunca, lo primero que necesita una nación es aristocracia. La que por selección de los mejores en cada ramo de la actividad social no constituya aristocracia de clases directoras, y para las funciones políticas del Estado no presente aristocracias de capacidad personal, adecuada á dirigir y gobernarlas empresas de Estado necesarias á los destinos patrios, es nación inhabilitada para alternar en el trato de gentes con dignificaciones de personalidad soberana.

Pero las pasiones agitadas por la revolución social contemporánea producen contra toda jerarquía resacas más impetuosas que aquellas seculares corrientes de la historia que en las últimas centurias eliminaron de las funciones políticas á las aristocracias

tradicionales. Cuando es más necesario ese estado mayor de una aristocracia de los mejor dotados, extraída indistintamente de todas las clases del pueblo mismo por espontánea selección social, prevalecen para la selección métodos, tan torpes y brutales, que parecen los más adecuados al intento de obtener oligarquías por selección invertida á las conveniencias de las funciones respectivas. Singularmente los que imponen para la directiva de los negocios públicos, parecen responder al criterio de que las voces de la incompetencia representan la mayor garantía política. Los veredictos de la suprema decisión se entregan á procedimientos aun más inadecuados que los de la herencia ó los del ascenso lento. La manera con que repercute el tosco instrumento del sufragio universal, advierte sobradamente que las muchedumbres estiman en poco la competencia para la materia de Estado, y tienen confianza en cualquiera menos en ella.

Y si para las funciones de la vida política la demagogia procede así como por eliminación de las aristocracias naturales, á la vez en las relaciones de la vida social á modo de reacción y protesta contra el capitalismo de la constitución económica contemporánea, generadora de tan formidable oligarquía plutocrática, las muchedumbres del proletariado recurren á procedimientos aun más brutales para seleccionar sus estados mayores. Lo más selecto de las clases medias tiene que enfeudarse al señorío plutocrático ó á la servidumbre del demagogo. El patronato apenas tolerado en la industria ó en las ordinarias tenencias de la propiedad ó de cualquier ramo de la actividad económica.

Cuanto ahora se denomina legislación social, parece un proceso jurídico tramitado contra los patronos con evoluciones encaminadas á desenlace de tremendos despojos. Los elementos más exaltados de las demandas del pacifismo internacional y de la supresión de los ejércitos, se muestran á la vez los más embravecidos para guerra intestina de implacable exterminio contra las clases patronales.

En suma, hoy más que nunca el derecho no se alcanza sino por vía de conquista, ni se consolida sino con la fuerza. Las relacio-

nes sociales, en el seno de las ciudadanías modernas, van poniéndose á temple de que en ellas tanto, ó más que en las relaciones internacionales, para ser respetado en el derecho resulte preciso ponerse en condición de poder ser también injusto con sus vecinos.

Y cuando el odio de clases se preconiza así como la más principal de las disciplinas sociales, las clases brutalmente agredidas, y bajo la amenaza de inminente despojo por socialistas, anarquistas, antimilitaristas, antipatriotas y anticristianos, parecen no haberse dado todavía cuenta de que ahora más que nunca no es respetado sino el que es fuerte.

Por este predominio de la fuerza sobre los respetos del derecho, lo mismo en las relaciones civiles del régimen interno de las ciudadanías que en el trato internacional de los Estados, se impone ahora á los poderes públicos una armadura mucho más formidable para la defensa social. Las instituciones de nación armada, creadoras de ejército sobre la base del servicio militar general y obligatorio, representan ahora, á la vez que primordial seguridad para la defensa del territorio patrio'y la dignidad internacional de la soberanía, la garantía más eficaz para el mantenimiento de las doctrinas sociales en las democracias contemporáneas. Sin el ejército, la cuestión social sería en casi todas las naciones modernas, permanente conflagración de violencia y de sangre.

Pero no todos los cuerpos de nación pueden conllevar tal armadura, ni á los que pueden conllevarla suele tampoco convenirles por igual la misma organización de este servicio militar. Con respecto á las instituciones militares, lo mismo que en las del orden civil y político, cada nación vive lo que puede vivir y no lo que quieran imponerle.

Es también ley biológica de las naciones que la vida no sea nunca un fenómeno que empieza, sino un fenómeno que continúa su proceso, y que por ello el cuerpo vivo, tal y como es en el momento actual, sea el que, por sus reacciones sobre las circunstancias en que se encuentra, determine las resultantes inmediatas de lo que se le incorpore. Por ello, si el legislador pretende introducir algo inadaptable á los estados sociales, el cuerpo nacional se

conturba y vive en desquiciamiento hasta que ese factor sea eliminado ó modificado y la naturaleza recobre su imperio. Así, respecto á las constituciones militares, al igual que con respecto á las instituciones políticas, nada alecciona tanto como el contrastar periódicamente lo que una institución ha querido ser según los textos legales en que se promulgó y lo que ella resulta luego en la práctica según la realidad positiva de los actos sociales.

Es, por tanto, inevitable que el planteamiento del servicio militar obligatorio repercuta de manera muy diversa en la constitución de los Estados. Con frecuencia esta repercusión resulta mucho más honda que la de las mismas instituciones civiles. Su implantación, por de contado, requiere muchas más cosas que la mecánica de buenas leyes de reclutamiento, movilización y organización de cuerpos, y que la perfección de los armamentos y los mejores sistemas en la construcción de cuarteles y habilitación de los servicios.

El ejército de toda la nación armada necesita, primordialmente, que palpiten en la nación sentimientos de honor y patriotismo; necesita también la razón de Estado de una finalidad nacional sentida por el pueblo entero y posesionada del alma de todos y de cada uno como suprema necesidad de la existencia colectiva, para vivir con dignidad de nación. Sin el conjunto de estos elementos primarios, ó por el mero fallo de uno de ellos, ó por aplicarse á empresas inadecuadas á su naturaleza, el servicio militar obligatorio produce muy diversos resultados, y á las veces, lejos de actuar como gran escuela de disciplinas y respetos sociales y como suprema garantía para la seguridad fundamental de las empresas de Estado, puede representar una negativa de la potencia militar y el más peligroso fermento para las anarquías del antimilitarismo.

En una nación en que el servicio militar no se sienta como un deber de la ciudadanía, sino como una imposición tiránica; en una nación con opinión pública inerte y dentro de la cual hasta ante los sucesos trágicos ó en la hora de los esfuerzos supremos para el resurgimiento no repercuta imponente ese grito de la concien-

cia colectiva en que el alma de los pueblos vuelca todos sus sentimientos; en organismo nacional en suma, corroído de gangrena el ejército reclutado con todos los contingentes de la ciudadanía, tiene que resultar impotente é inficionado también. Valiérale más á esa nación, para su defensa exterior y para sus seguridades internas de orden público, cualquiera otra organización de fuerza militar no ciudadana, pero en pericia profesional espiritualizada por el honor de las armas.

Las fuerzas morales son el principal factor de las instituciones militares de la nación armada. El espíritu de civismo en la ciudadanía; una vigorosa opinión pública para sentir y practicar jurídicamente las instituciones políticas de las libertades necesarias á un pueblo digno de gobernarse por democracias electorales; las escuelas, focos de patriotismo y creadoras de ciudadanos; las supremas direcciones de la política firmemente orientadas en alta razón de Estado, y la energía coactiva de todas las jurisdicciones civiles puesta en tonalidad adecuada á imponer justicia social que represente el respeto á los derechos de todos, constituyen la base primaria para la eficiencia militar y social del ejército de servicio militar obligatorio.

Pero cualquiera que sea el régimen de reclutamiento y organización que una patria adopte para sus instituciones militares, el Ejército, como suprema representación de la fuerza nacional, *necesita* recibir de la conciencia colectiva un ambiente de respetos y prestigios proporcionados á los tremendos deberes que su institución le impone.

Nunca ha tenido el Ejército tan altos y delicados cometidos como las altísimas funciones sociales que necesita desempeñar en nuestros días. A la vez de personificar en las relaciones de la potencia internacional la suprema representación de la fuerza de una nación armada soberana de sí misma, respondiendo á este cometido sin otro interés que el supremo interés nacional, ni otro ideal que el del honor, y el del honor y de la grandeza patria, necesita representar también para las disciplinas sociales de la vida interna de los pueblos la fuerza fundamental moral, jurídi-

camente coordinada con todas jurisdicciones del Estado para el servicio de la justicia y de las dignidades del poder público, constituyendo la primordial seguridad del respeto de todos los derechos y de la armonía de clases y del vigor de las instituciones de ciudadanía en que se asienta la vida civilizada de las naciones.

Todo esto es incompatible con la impunidad de las excitaciones á las indisciplinas sociales y á los crímenes que ahora se prodigan bajo pretextos de pacifismos y humanitarismos de intelectuales anarquizantes, ó de socialismos revolucionarios agitadores de los carteles agresivos provocando á perpetua é implacable lucha de clases.

Y si los corifeos del socialismo agresivo y violento, inteligencias medias que, habiendo perdido el sentido moral de la más humilde ignorancia sin haber llegado al saber de una superior filosofía, y que, con todas las presunciones y soberbias del saber á medias de la ignorancia que se ignora á sí misma, agitan ahora los carteles de esa lucha de clases, necesitan más depurada conciencia acerca de que la moral tiene por base el deber y no el interés, á su vez los humanitarismos pacifistas necesitan también más clara visión de las realidades contemporáneas para hacerse cargo de fenómeno tan palmario en los Estados modernos como el de que las instituciones de nación armada constituyen una garantía de paz más positiva y eficaz que todas las teorías del pacifismo. En cuanto recobren este sentido de lo real, advertirán que, á la hora actual, la política pacificadora del Rey Eduardo, servido por el poder naval de Inglaterra, y las tremendas responsabilidades del imperio que concentra en la persona del Kaiser el formidable ejército constituido por la ciudadanía del pueblo alemán, representan para la salvaguardia de la paz europea la más grande de las garantías que ha conocido la historia en punto á que entre naciones cristianas el derecho no se entregue á las tragedias de los campos de batalla sino cuando la paz resulte para las conciencias nacionales una abominación mayor que la guerra misma.